

MI PROTECTOR

NADIE PODRÁ HACERTE DAÑO...

**CHRISTIAN
MARTINS**



Mi protector

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN ENERO 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Para Vanesa y Ana, porque hay pocas cosas que les guste tanto como la acción.

AGRADECIMIENTOS

Esta vez daré las gracias a mi familia, por soportar mis locuras y mis momentos de desconexión en el ordenador. Tenéis una paciencia infinita.

También a “Las chicas Martins”, por seguir a mi lado un año más. Parece mentira que hayamos entrado en el *2018* y que ese grupo que comenzó siendo tan pequeño supere las dos mil personas.

¡Gracias por vuestro apoyo constante!

¡Sois increíbles!

Capítulo 1

La cafetería está a reventar, como era de esperar. Estoy sentado en la terraza de fuera porque desde aquí me es más sencillo controlarlo todo; al fin de cuentas, el interior del establecimiento es diminuto y contiene demasiadas entradas y salidas. Cosa que juega en mi contra. Si esperase adentro, podría encontrarme en mitad de una encerrona sin salida en muy pocos segundos, sin escapatoria posible.

Me coloco las gafas de sol y saco la cajetilla de cigarrillos de mi bolsillo. ¿Por dónde aparecerá Max?, me pregunto, mientras enciendo un pitillo e inundo mis pulmones de nicotina. No conozco demasiado bien este lugar, cosa que inevitablemente me inquieta muchísimo.

Esta vez hemos quedado en un punto intermedio, uno de esos lugares que se supone que son escogidos al azar. Pero en realidad, sé muy bien que no ha sido así. Max jamás dejaría nada al azar con tantas cosas importantes de por medio.

Llevo trabajando con él más de seis años pero es imposible establecer un vínculo de confianza en un negocio como el nuestro.

Aspiro otra calada del pitillo y me digo a mí mismo que tengo que dejar de

fumar cuanto antes. En el fondo, odio el tabaco. Odio que “algo” sea capaz de adueñarse de mí o de mis necesidades. Odio “necesitar” de algo para estar tranquilo. Me hace sentirme débil; y yo no soy débil.

— Hunter...

La voz de Max llega desde mi espalda.

No me molesto en girarme, aunque me inquieta no haber sido capaz de prever su llegada.

Cuando me rodea y se sienta frente a mí, me doy cuenta de las ojeras tan profundas que luce. Parece que lleva mucho tiempo sin dormir y no tiene demasiado buen aspecto...

Le saludo con un gesto pasivo sin pronunciar palabra y disimuladamente vuelvo a controlar mí alrededor. Parece que no hay nada nuevo; el tráfico de personas que van y vienen alrededor de la terraza es aparentemente normal y nadie parece estar fuera de lugar. Excepto el todoterreno negro que se ha detenido en la zona de carga y descarga frente al establecimiento.

Es sencillo de reconocer; un chófer trajeado pegado a la ventanilla que no pierde de ojo a Max — y tampoco a mí — . Le da igual llamar mi atención, es evidente. Lo único que busca es una vía de escapatoria sencilla, y allí se encuentra perfectamente colocado para recoger la mercancía y salir pitando si la cosa se complica. Seguramente, en la parte trasera del vehículo, viajen otros dos tipos más. Si son hombres de Max o del “jefe”, eso ya no lo sé.

— Te veo bien, Hunter — dice, mientras estira el brazo para coger mi cajetilla de tabaco y sacar un pitillo.

Con un gesto silencioso, me pregunta si puede encender uno.

Ya lo tiene en la mano y se lo está llevando a la boca, así que la pregunta es absurda. Pura cortesía falsa.

— Adelante — digo.

Él se enciende el cigarrillo, lanza una rápida mirada hacia el todoterreno y después se centra en mí. Me sonrío con esos dientes perfectamente alineados y blancos y un escalofrío recorre mi cuerpo.

— ¿Lo tienes? — pregunta.

Yo asiento sin decir nada, mientras tiro el pitillo que se estaba consumiendo en mi mano lejos de nosotros.

— ¿Cómo ha ido? — pregunta, sin borrar su sonrisa.

Tengo la mercancía. El “jefe” estará satisfecho y la cosa no va mal para Max. Ahora querrá conocer los detalles de la misión.

— Sin bajas.

Él asiente, satisfecho.

— ¿Ninguna sorpresa? — insiste.

— Ninguna sorpresa — le confirmo yo.

Vuelve a lucir esa falsa sonrisa de dentista que tanto detesto.

— Buen trabajo, Hunter. El jefe estará muy contento contigo.

En realidad, sé que al jefe le importa una mierda quién sea yo.

Estoy seguro de que si la cosa sale bien, ni siquiera se preocupará por conocer mi nombre — lo que me conviene enormemente — .

Sé que soy tan bueno con esto porque no hago preguntas, no me intereso por saber quién o qué está detrás de todo esto o de dónde proviene el dinero que cobraré. Tampoco soy un chapucero y me aseguro de que mis actos no sean noticia de primera plana en los periódicos. Intento pasar desapercibido y cuanto menos sepa yo de la misión, mejor será para mí.

— Me alegro, Max.

Se está terminando el cigarrillo, así que el tiempo está llegando a su fin.

Una de las camareras se acerca hacia nosotros y Max le dice que no necesitamos nada más. Cuando se termine el cigarrillo, le daré la mercancía y él se marchará; así de simple.

Se fuma ese cigarrillo para “disimular”, porque bajarse de un todoterreno con los cristales tintados y sentarse dos segundos para después volver a marcharse llamaría demasiado la atención de los viandantes. O eso cree él. Quizás nadie

se fijaría en nosotros. Es más, estoy seguro de que la gente ya tiene suficiente con sus problemas como para andar fijándose en los demás.

Otra cosa muy diferente sería que la policía anduviese vigilando el asunto... Escena que ya se ha visto en repetidas ocasiones con gente como yo. Inútiles que no saben hacer bien su trabajo sin dejar rastro.

Max se ha terminado el cigarrillo.

Me señala la bolsa de tenis que ha dejado colocada en sus pies y sonrío. Ha llegado la hora del intercambio; se marcha.

Palpo mi bolsillo y, tras comprobar que el paquete continúa en el interior del mismo, meto la mano y saco el sobre acolchado que he sellado bien. Lo deslizo por encima de la mesa y él se apresura a recogerlo.

— ¡Joder, Hunter! — exclama — . ¡Eres jodidamente bueno, chaval!

Le devuelvo una de sus falsas sonrisas mientras él se levanta de la mesa.

— Te llamaré dentro de poco — me dice, alejándose — , procura no meterte en líos — bromea.

No me molesto en responderle.

Me quedo sentado donde estoy, observando la bolsa de tenis que ha dejado junto a mí. Después me enciendo otro cigarrillo y pido un descafeinado.

Estoy seguro de que Max no tardará en llamarme, pero él sabe tan bien como yo que no aceptaré ningún trabajo hasta que el dinero que hay en la bolsa mengüe peligrosamente.

Con este trabajo, tendré lo suficiente para vivir los próximos siete u ocho meses. Quizás incluso llegue al año.

Es una de las razones por las que no llamo la atención de las autoridades. No soy avaricioso, no pretendo hacerme rico y no cometo errores.

Me bebo el café de un trago, cojo la bolsa y me levanto de la mesa.

Antes de echar a caminar, me aseguro de que nadie me esté vigilando. No puedo estar totalmente seguro de ello, pero parece que no tengo a nadie detrás. Aún así, daré un par de vueltas antes de dirigirme hacia mi apartamento.

Capítulo 2

Enciendo el equipo de música y dejo que la primera cadena que se sintoniza en la radio me sorprenda con un blues. Me quito los zapatos, suelto la bolsa y me permito respirar relajadamente unos segundos.

Me siento bien, liberado de toda la tensión que me ha carcomido estos días. Sé que cada vez que acepte una misión me sentiré así, ansioso, temeroso, asustado, pero también sé que es lo único que sé hacer bien.

Miro la bolsa de tenis que tengo en mis pies y la cojo. El blues sigue sonando a través de los altavoces de mi apartamento mientras yo me dirijo hacia mi habitación. Abro el armario, retiro las chaquetas con un brazo y pulso una pequeña pestaña rojiza que mueve un panel y deja al descubierto una pantalla de claves. 8429. Lo marco y la pantalla se ilumina en verde, segundos antes de que un clic resuene. Abro la tapa de la caja fuerte y veo que solo quedan dos fajos de billetes en el interior. He andado justito esta vez, pero lo suficientemente a tiempo. Coloco mis ganancias junto a los dos fajos de billetes y en pocos minutos ya he vaciado la bolsa de tenis y llenado hasta los límites la caja fuerte.

He dejado unos cuantos billetes fuera; nada fuera de lo normal. Si la policía registrase mi casa, no encontraría nada extraño en ella.

El blues sigue sonando de fondo y me doy cuenta de que es agradable escuchar ese tipo de música. Me gusta ese estilo de voz; ronca, solitaria, melancólica. Bastante similar al estilo de vida que llevo.

Me desnudo y dejo la ropa encima de la cama.

El apartamento está decorado de manera impersonal, con colores claros y con un estilo moderno. No tengo fotografías con recuerdos, aunque sí hay marcos con imágenes. No sé cuál es la verdadera razón, pero compro marcos y los voy colocando por las estanterías. Dejo en ellos la fotografía de exposición con la que los venden y suelo asegurarme de que los modelos que posan en ella tengan cierta similitud con los que ya he comprado y colocado anteriormente.

Si le contase esto a un psicólogo, estoy seguro de que lo consideraría digno de analizar. Pero, ¿qué más da? No voy a ir a un psicólogo ni se lo pienso contar a nadie.

No tengo visitas, tampoco tengo familia ni nadie a quien dar explicaciones — puede que esta sea la fuente del problema — . Otra de las grandes razones por las que me suelo asegurar mi éxito. La gente siempre tiene un punto débil, yo no. Si algo se tuerce durante una misión, seré el único en pagar las consecuencias, lo que me proporciona cierta tranquilidad.

Enciendo los grifos de la ducha y me meto en el interior. El agua caliente comienza a resbalar por mi espalda y me doy cuenta de que la ansiedad que sentía oprimiendo mi pecho prácticamente ha desaparecido. Vuelvo a sentirme relajado, lo que no es del todo positivo para mí. Es demasiado pronto para bajar la guardia, para desconectar de todo.

Cierro los ojos. Estoy agotado.

No sé cuánto tiempo llevo sin dormir, pero me encuentro exhausto.

Me siento sobre el platillo de la ducha y dejo que el agua siga aliviando mi dolor interno. Continúo con los ojos cerrados. Escucho el blus de fondo, el agua cayendo sobre mí...

Cuando vuelvo a abrir los párpados, soy consciente de que llevo varios minutos allí sentado; seguramente me haya quedado dormido. El blus ha dejado de sonar y ahora suena una balada rockera de los ochenta. Me pregunto qué cadena habré sintonizado...

Salgo de la ducha y me arrastro hasta la cama.

Por fin comienzo a sentir las magulladuras de mi cuerpo, los golpes, las secuelas del extremo ejercicio físico que he realizado estos días... Me duele todo.

“Mantente alerta, Harry”, me repito mentalmente. No debo bajar la guardia tan pronto. ¿Y si me han seguido hasta el apartamento? ¿Y si “el jefe” ha decidido no dejar ningún cabo suelto? Demasiadas interrogantes para que uno pueda irse a dormir tranquilo, pero las tantísimas horas que llevo despierto me empiezan a pasar factura.

“No te quedes dormido, Harry”, me digo una vez más.

Pero cuando me quiero dar cuenta, la estoy viendo frente a mí y sé que me he dormido. Estoy viendo su cabello castaño, sus ojos azules, su sonrisa tierna y sincera. Me habla de fondo aunque yo no puedo escuchar qué es lo que me dice. Aún así sé que sus palabras son agradables, porque me hacen sentir bien.

No sé quién es ella.

Llevo años preguntándome si la conocí en una de las casas de acogida por las que pasé en mi infancia, alguien a quien solo vi en un par de ocasiones y no soy capaz de ubicar en mis recuerdos. Fuera quien fuese, una cosa tengo por segura; ella forma parte del recuerdo más feliz que conservo.

Me tiende la mano y me pide que le acompañe.

Yo no confío en nadie, jamás. Pero por alguna razón a la que nunca le encontraré lógica, sé que con ella estoy seguro.

Cuando me despierto de golpe, exaltado, mi teléfono móvil vía satélite está sonando y en la pantalla veo iluminado el nombre de Max. Algo va mal, realmente mal.

Me levanto de la cama de un salto, con el teléfono que he sacado del bolsillo de la chaqueta sujeto en el interior del puño derecho. Paseo desnudo de un lado al otro mientras decido cómo actuar y pienso qué es lo que puede estar sucediendo.

De reojo, compruebo en el reloj de mi mesilla que tan solo han pasado tres horas desde que se efectuó el intercambio. El teléfono sigue sonando y la

melodía comienza a irritarme.

Necesito pensar.

¿Qué está pasando?

Repaso mentalmente todo; entré en el interior del despacho sin ser visto; tenía las claves correctas y no dejé rastro en el ordenador. Los datos se copiaron correctamente, o al menos eso decía el disquete. 100%. Toda la información había sido traspasada. Una de las cosas malas de no querer implicarse en la misión es no comprobar qué datos se han copiado. Al principio sí que lo hacía, pero las cosas que veía no me gustaban o me creaban demasiadas interrogantes. Había robado datos de virus, de armas químicas y biológicas, de ensayos nucleares. Todo tipo de información letal que ni siquiera sabía a quién se la estaba entregando... Max solo es un intermediario.

El interesado contrata a Max y Max nos contrata a nosotros para proceder a realizar el servicio. De alguna manera, estamos a salvo de “el jefe” — es la manera que tenemos para dirigirnos al interesado en nuestros servicios para no tener que dar su nombre. El jefe siempre cambia, o al menos la mayoría de las veces, pero sea quién sea quien contrate a Max, nosotros nunca lo sabremos — , porque nunca llega a saber de nosotros. Pero Max nos conoce bien y si metemos la pata sabe cómo encontrarnos. Siempre he procurado ser cauteloso, aunque sé muy bien que una persona como él tiene que haberse guardado un as en la manga. Y más con tanto dinero de por medio y su pellejo en juego.

El teléfono sigue sonando y yo cada vez estoy más nervioso.

Es la primera vez que ocurre algo así — lo normal hubiera sido no saber nada de Max hasta al menos pasadas las tres o cuatro semanas — , y no sé muy bien cómo debo actuar.

— ¡Joder! — exclamo, rabioso.

Me dirijo a la ventana.

Entre llamada y llamada he silenciado el teléfono, pero Max sigue insistiendo.

Compruebo que la calle continúe despejada, sin rastro de sus hombres.

Aunque parece que todo está tranquilo, decido ponerme en lo peor y pensar que están ahí fuera, esperándome.

Tengo que abandonar la ciudad. Tengo que salir pitando.

Respiro hondo una vez, dos y tres veces. Después reviso la pantalla del móvil; el nombre de Max sigue iluminado en ella. Pulso en la tecla verde y me lo llevo a la oreja.

— ¿Qué cojones pasa? — pregunto con tono chulesco, aparentando una calma que no poseo.

— ¡Joder, Hunter, te ha costado!

Su voz no suena calmada.

Parece nervioso.

— Necesito que nos veamos cuanto antes — continúa él — , dime dónde y en qué lugar.

Esto no me gusta nada, pero tengo que seguirle el rollo.

— Mañanaa las cinco, en la cafetería de Ryan — propongo, intentando pensar con claridad.

Lo lógico hubiese sido escoger un lugar céntrico con mucho tránsito, pero la cafetería de Ryan está en las afueras de la ciudad y no suele ser un lugar demasiado frecuentado. He metido la pata y me recrimino a mí mismo mi fallo. ¿En qué diantres estaba pensado? Seguramente en el aeropuerto; no está demasiado lejos del lugar. A diez o quince minutos en coche, dependiendo del tráfico.

— No — me corta Max — , mañana no. Tenemos que vernos hoy, Hunter.

Mi cuerpo se tensa automáticamente.

Esto no pinta nada bien...

— Dime dónde.

— Mismo sitio que antes, dentro de cuarenta minutos — dice con rapidez

— , no llegues tarde.

Max corta la llamada sin darme opción a añadir algo más.

Capítulo 3

He preparado la bolsa de viaje con lo imprescindible; pasaporte falso, dinero en metálico, ropa para tres o cuatro días. No ocupa demasiado espacio y no pesa.

También he eliminado cualquier rastro que me pueda relacionar con mi apartamento. Me cuesta pensar que muy probablemente no volveré a dormir sobre esta cama, pero lo más seguro es que sea así. Una de las premisas que siempre me ha guiado ha sido no atarme a nada ni a nadie, no echar raíces. Pero seis años son demasiado tiempo para no acostumbrarte a las cosas, a la rutina. Al día a día.

En una bolsa de basura industrial he metido todo el dinero. Quizás tenga que deshacerme de él, pero intentaré dejarlo en un lugar seguro antes de reunirme con Max, por si acaso lo necesito en un futuro.

Me visto con ropa cómoda y sencilla, colores oscuros y vaqueros lo suficientemente elásticos como para moverme con agilidad. Después echo un último vistazo al apartamento y salgo de él.

Tengo dos coches, aunque ninguno de ellos está registrado a mi nombre — o al menos, no bajo mi nombre real —. Estoy a punto de subirme en el deportivo cuando una idea se ilumina en mi mente; ya sé dónde dejar el dinero.

Salgo del garaje de la comunidad con la bolsa de basura en la mano, la de viaje la he dejado en el maletero de mi deportivo. Me fijo en la gente y compruebo que mi aspecto no llama demasiado la atención. Una mujer me mira de arriba abajo, pero su mirada tan solo delata deseo sexual.

Camino con rapidez hasta la entrada del gimnasio, que se encuentra a un par

de manzanas de mi apartamento. Cuando entro, saludo con la mano a la recepcionista. Ella me devuelve el saludo y me sonríe; ahora s  que llamo la atención. No voy vestido adecuadamente para hacer deporte y en lugar de una toalla, llevo una bolsa de basura industrial. Todo el mundo me mira, así que cuanto antes me marche de all , mejor.

Procuro no correr, pero camino con rapidez hasta la zona de taquillas. Meto la bolsa de basura en la que me corresponde a mí, la cierro, y retomo el camino de regreso con la llave bien a salvo en mi bolsillo. Tengo contratado un año de servicio; tiempo suficiente para que las cosas se calmen y regresar a por el dinero si es necesario. Nadie revisar  mi taquilla ni se extra ar  si dejo de acudir; al fin y al cabo,  cu nta gente se apunta a un gimnasio y solo va los dos primeros días?

Regreso al garaje. He quedado en veinte minutos con Max y esta vez ser  yo quien deje el coche en carga y descarga. La diferencia es que yo acudir  en solitario al encuentro, Max contará con refuerzos.

No soy consciente de lo nervioso que estoy hasta que sujeto el volante y ambas manos comienzan a temblar alrededor de él. Tengo que mantenerme sereno, pero sí que quizás este sea el comienzo de mi final.

Dejo el coche en carga y descarga, exactamente en el mismo lugar en el que ha detenido su todoterreno Max. Aunque estoy prácticamente seguro de que he llegado el primero — cosa que me decepciona, pues llegar el último te concede cierta ventaja a la hora de controlar la situación — , reviso muy bien los alrededores. All  no hay nadie y no puedo evitar preguntarme si todo esto será una trampa, una red para capturarme y terminar conmigo.

 Qu  cojones contenía el disquete de información? Quizás este jefe no quiera cabos sueltos, arriesgarse a que un pardillo como yo haya podido leer el contenido. S  que el hombre al que le he robado los datos es un importante empresario, dueño de una empresa de tecnología nanorobótica. No s  nada más.

Pero si las cosas fueran así...  Entonces por qué Max no ha acabado conmigo nada más verme?  Por qué me ha permitido marchar? No tiene sentido.

Llevo varios minutos sentado en el asiento, incapaz de moverme, cuando veo a Max aparecer en el local. Él a mí no me ha visto — o eso creo — . Habla con la camarera y le pide alguna consumición para disimular, como siempre, mientras yo intento encontrar el vehículo en el que ha venido. Nada. No veo nada.

Me bajo del coche porque no me queda más remedio que acudir al encuentro. Si hay alguna manera de solucionar la situación es así, huir no serviría de nada.

Paso junto a Max y me siento frente a él.

— ¿Qué ocurre? — pregunto, directo al grano.

¿Para qué fingir calma?

Max remueve el contenido de una taza que la camarera acaba de depositar frente a él, en la mesa.

Levanta la mirada y me inspecciona.

— ¿Estás sudando, Hunter? — dice, burlescamente — . ¡Joder, relájate!

Sonríe levemente, mostrando su perfecta dentadura.

— No hasta que me digas qué pasa — repito, tenso, sin guardar las apariencias — . ¿Hay algún problema con el paquete?

Él ensancha su sonrisa, después niega lentamente con la cabeza.

— Ningún problema, chaval. Esto no tiene nada que ver con el paquete.

Le miro, sopesando si dice la verdad o no.

En el fondo, parece tan nervioso como yo — cosa que me preocupa — .

— ¿Entonces para qué me has hecho venir?

Max levanta la mirada y su falsa sonrisa se desvanece en el acto.

El local está mucho menos concurrido que antes; quizás por las horas tardías.

— ¿Por qué sudas tanto? — me recrimina, con el ceño fruncido — . ¿No

estarás enfermo o algo así, no?

Yo niego bruscamente.

— Tengo calor — miento.

Estoy muy nervioso, nada más.

No me cree, pero tampoco me importa. La situación empieza a incomodarme cada vez más.

Él suspira, liberando el aire de sus pulmones.

— Tengo una misión para ti, Hunter — me informa, dejando la cucharita de café sobre el platillo — , una misión que no puedes rechazar.

Aunque no he pasado por alto eso de que “no la puedo rechazar”, niego.

— No aceptaré más trabajos por ahora.

Intento parecer convincente.

Esto no me huele bien. Esto tiene pinta de ser una encerrona.

— Medio millón de dólares — continúa él, sin prestarme atención — . No es a lo que estás acostumbrando, pero sé que lograrás desenvolverte bien...

— ¿Medio millón? — repito en voz baja, prácticamente en un susurro de incredulidad.

Ahora entiendo las prisas de Max.

Instantáneamente, me relajo, aunque sé que aún debo mantenerme tenso es imposible. Estoy físicamente y psicológicamente destrozado de las últimas semanas.

Medio millón es muchísimo dinero. Medio millón de dólares no los puede pagar cualquiera. Además, si esa es la cantidad que me corresponde a mí, no puedo ni siquiera imaginar cuánto sacará Max con todo esto. Quizás el triple, quizás más.

— No estamos hablando de un trabajo cualquiera, será de larga duración.

Voy a decirle que no voy a aceptar nada nuevo, pero no me deja hablar.

— Seis meses para ser exactos. Tendrás que proteger, no acceder. Doscientos mil serán transferidos en las próximas horas a la cuenta del extranjero que nos indiques, el resto te lo daré en metálico cuando finalice el periodo de protección.

Sonrió inconscientemente.

No voy a aceptar, da igual lo bien que me venda el trabajo.

Aunque solo he realizado una misión de protección, sé que son las peores. Parece sencillo porque lo único que tienes que hacer es guardar y proteger el paquete hasta que el jefe te proporcione los datos del lugar y de la persona a la que debes entregarlo, pero luego no resulta tan sencillo como te lo ofrecen. En aquella ocasión fue algo más de dos meses; dos meses en los que no logré pegar ojo. Sentía a todas horas que alguien me perseguía y que en cualquier momento tendría que sacar la pistola que no he utilizado en los últimos dos años. Por suerte, todo salió bien; pero son trabajos que psicológicamente te destrozan.

Sé que ese tipo de misiones no están hechas para mí.

— No voy a aceptar nada por ahora — repito con voz firme y convincente.

Max me mira con seriedad; no le está haciendo ninguna gracia mi reacción.

Seguramente, había supuesto que aceptaría a la primera de cambio; medio millón de dólares no se rechazan con tanta facilidad.

— No te estoy preguntando.

Suena a amenaza, pero me es indiferente.

No tiene nada contra mí y sé que no se arriesgará a liquidarme. Soy uno de sus mejores contactos y no tiene razones reales; además, aún no he escuchado nada de la misión.

— Lo siento, Max.

Él niega lentamente.

— Un millón de dólares — me dice con una sonrisa — , y deja de joderme de una punta vez, chaval.

Su tono de voz se ha endurecido mucho.

No tiene con qué amenazarme porque no tengo familia, si no, ya lo habría hecho.

Me quedo en silencio sopesando dónde demonios me estaría metiendo si aceptase. ¡Un millón de dólares! Realmente debe de ser una misión muy importante...

— Mira, Harry...

La voz se me eriza cuando escucho mi nombre. Siempre se dirige a mí por mi apellido: Hunter.

— Esto es muy sencillo. Te estoy ofreciendo un puto millón de dólares por una basura de misión. Será coser y cantar — me asegura, mostrando su radiante dentadura — , y me vas a decir que sí porque no te voy a dejar más opciones.

Me quedo callado, examinándole fijamente.

— Si te niegas, me encargaré de joderte la vida porque tú me la estarás jodiendo a mí, ¿lo entiendes? No tengo más hombres disponibles y no puedo rechazar la misión.

Con ese último dato deja en evidencia que sabe demasiado. Sea quien sea la persona que le ha contratado, no le aceptará un “lo siento” como respuesta.

— Así que te joderé vivo, Harry Hunter. Te joderé tanto que me suplicarás que te mate.

Es la primera vez que Max me amenaza y aún así estoy tranquilo. Me necesita, así que todo lo que está soltando son tonterías que no llegarán a nada.

Tardo unos segundos en responderle mientras valoro mis opciones. No soy estúpido y sé que tengo que aceptar, porque tampoco me está dejando más salidas.

— ¿Cuándo?

Max sonrío abiertamente, complacido.

— A la una de la madrugada — explica, mientras desliza un papel blanco doblado por la mitad hasta mí — , esa es la dirección a la que tienes que acudir.

Los próximos seis meses serán jodidos, así que, por poco que me guste, necesito más información.

— ¿Quién lo está buscando?

Es evidente que si “el paquete” está en riesgo es porque hay personas detrás de él.

— Mejor que no lo sepas.

Ahora Max parece más relajado.

— ¿Recibiré más instrucciones durante el periodo de trabajo?

— Se te informará de todo lo necesario en el punto de entrega — explica, levantándose de la mesa — . No llegues ni un puto minuto más tarde del acordado, Hunter.

Le veo alejarse caminando apresurado calle arriba, mientras yo aún me pregunto dónde demonios me he metido.

Capítulo 4

He regresado a mi apartamento, aunque son las doce pasadas de la medianoche y tendré que dirigirme al punto de recogida en menos de veinte minutos.

Me siento cómodo con la idea de que podré regresar a mi habitual rutina después de este trabajo. Además me digo una y otra vez a mí mismo que tengo que buscarle un lado positivo a todo esto; un millón de dólares me permitirán mantenerme en las sombras muchísimos años y nadie está detrás de mí, intentando liquidarme.

Sigo tan cansado como lo estaba esta tarde, pero cerrar los ojos unos minutos es un lujo que en estos instantes no puedo permitirme.

Me sirvo una taza de leche caliente y disuelvo el café instantáneo en ella. Sé que la cafeína no me viene precisamente bien — suficientes problemas tengo para conciliar el sueño — , pero mi agotamiento es extremo. La necesito.

Después me enciendo un cigarrillo en la ventana del apartamento. También lo necesito. Odio necesitar.

Un millón de dólares.

Un millón de dólares.

Me lo repito una y otra vez pensando que es un incentivo lo suficientemente grande como para sentirme motivado con este trabajo. Quizás sea sencillo. Quizás todo se reduzca a esconder un paquete en mi caja fuerte y mantenerlo seguro seis meses.

El tiempo corre deprisa y cuando quiero darme cuenta son la una menos veinte. El lugar de recogida está cerca, a un cuarto de hora sin tráfico. Me

arriesgo a salir justo de tiempo porque iré en moto y a esas horas de la madrugada las carreteras estarán despejadas. Tampoco voy a esperar los semáforos. En realidad, sé que salgo tan apurado porque en el fondo no quiero ir; así de simple.

Cojo una cazadora de cuero y los guantes.

Llevo la pistola en el tobillo así que no me molesto en coger más armas.

Cuando salgo al exterior, siento las primeras gotas de lluvia caer sobre mí. Voy protegido, así que no noto la lluvia, pero el cristal del casco se empieza a salpicar con rapidez y me doy cuenta de que la llovizna aumenta por segundos.

A la una menos tres minutos he llegado, tal y como había predicho.

El punto de recogida es un parque de las afueras, pequeño y poco transitado. Llueve, y si a eso se le añade las horas de madrugada que son tenemos como resultado un lugar totalmente desierto. Como el parque está casi en la penumbra, me he alejado de las escasas farolas con las que cuenta porque no quiero ser un objetivo fácil.

La una y dos minutos.

Allí no hay nadie.

Empiezo a desconfiar cuando un monovolumen de cristales tintados aparece y aparca cerca de las farolas. Es evidente que me han visto y que saben que les espero, porque no hacen ningún amago de acercarse hasta a mí.

Me toca mover ficha; están esperándome, lo que me deja totalmente expuesto. Camino lentamente hacia ellos ocultando cualquier temor que me pueda delatar y me detengo a unos metros del vehículo.

El conductor me observa justo antes de abrir la puerta y salir al exterior. No me sonrío, ni finge una relación inexistente. Me mira, me observa, me escruta. Sé que me está analizando, valorándome y decidiendo si me considera apto para el trabajo que voy a realizar.

— ¿Harry Hunter? — pregunta en voz alta.

Nombre y apellido. Conoce mi nombre y apellido.

No puedo evitar que se me erice el vello; esto no me gusta nada.

Asiento mientras trago saliva y aprovecho para examinarle yo a él; alto, corpulento, unos cuarenta y muchos años aunque muy bien llevados. Tiene una cicatriz en el rostro, a la altura de la mejilla derecha. Es profunda, me parece que es una vieja herida de navaja o algo similar. No viste de traje, pero aún en vaqueros y chaqueta negra denota cierta elegancia y porte; saber estar. Su rostro no muestra ninguna reacción o sentimiento hacia mí, aunque quizás sí cierta desconfianza.

Camina unos pasos al frente y me mira con desdén, dejando bien claro quién es la persona que manda ahí. Sé que no es el jefe. No es la persona que ha contratado a Max, aunque es alguien importante.

— Muy bien — me dice, estirando el brazo para entregarme algo — . ¿Sabes de qué va todo esto?

Yo asiento con duda, evidenciando que me han dado la información justa y necesaria. Recojo las llaves que el hombre ha dejado caer sobre la palma de mi mano y las inspecciono de reojo; parecen las del vehículo que ha dejado aparcado.

— Un trabajo de protección. Seis meses de duración — resumo.

El hombre asiente con rapidez.

— Tendrás que encargarte de todo tres días, después contactaré contigo y te diré a dónde tienes que ir.

— ¿Cómo contactarás conmigo? — pregunto dubitativo.

Esto no me gusta un pelo.

— Eso no importa, tú preocúpate por mantenerla a salvo.

“Mantenerla a salvo”, repito mentalmente, mientras me preguntó qué cojones tendré que proteger. Las cosas que suelo robar se suelen reducir a un pendrive, un ordenador, un disco de archivos. ¿Quizás sea una placa base?

Escucho un ruido cerca del monovolumen e inconscientemente me preparo para cualquier cosa, alerta. Se ha abierto la puerta trasera, aunque no baja

nadie. Tampoco veo entre la oscuridad quién está ahí.

Me pregunto si me estarán apuntando con un arma y estiro el brazo, preparándome para coger la pistola si fuera necesario.

El hombre se gira hacia el coche y lo observa.

— No te bajes del coche, Bailey — dice en voz alta.

De la misma, la puerta se cierra.

Sé que no debo hacer demasiadas preguntas, que cuanto menos sepa es mejor pero...

— ¿Quién está ahí dentro?

El hombre está alerta, muy alerta.

Creo que ni siquiera ha escuchado mi pregunta, porque está demasiado ocupado en rastrear los alrededores y verificar que nadie nos observa. Ya me había encargado yo antes de eso, pero no digo nada.

— Te llevarás el vehículo, así será más sencillo y ella se expondrá menos.

— ¿Ella? — repito, sin comprender.

El hombre me mira con dureza.

— La chica. La chica está en el coche.

Empiezo a encajar las piezas con lentitud y el “mantenerla a salvo” cobra sentido. No tengo que proteger un objeto, si no a una persona.

Estoy a punto de darme la vuelta y de responderle que yo no soy un guardaespaldas cuando me lo pienso dos veces. Si me marcho así, sin más, la cosa podría terminar realmente mal. Sé que este asunto debo tratarlo con Max, no con él.

— Tres días y después contactaré contigo — repite muy seriamente — . Ahora marcharos, esto no es seguro.

“Tres días”, me repito.

Tiempo suficiente para hablar con Max y mandarlo a la puta mierda por

haberme metido en este marrón. Tendrá que buscarse otra persona para el encargo, porque no estoy dispuesto a esto ni por un millón de dólares. Las personas, como norma general, traen más problemas que los objetos con información.

Después proceso la última parte, la de “esto no es seguro”, y me pregunto si habré pasado algo por alto. El lugar parece totalmente en calma y desde que he llegado allí no he escuchado ningún sonido. Ni motor, ni animales... Nada. Todo está realmente tranquilo.

— ¡Lárgate! — me ordena, mientras él echa a caminar en dirección contraria.

Aunque odio recibir órdenes, obedezco y echo a caminar hacia el coche. Siento que la tensión que desprendía el hombre desaparece y entonces comprendo a qué se refería con que el lugar no era seguro. Sí, todo está tranquilo. “Demasiado” tranquilo.

Arranco y acelero, dispuesto a salir pitando de aquel maldito parque cuanto antes.

Estoy a punto de salir del lugar cuando diviso al hombre con el que acabo de tener el encuentro al fondo, corriendo en dirección a la salida norte del lugar — sí, me he molestado en estudiar un mapa con rapidez antes de venir — .

Entro en la autopista y me pregunto a mí mismo a dónde debería llevar a la chica; ¿a mi apartamento? Aún no he mirado hacia detrás, pero la escucho producir algún que otro sonido al moverse. No quiero mirarla, porque sé de sobra que en cuanto la vea se romperá mi estado de desconocimiento y entraré a formar parte de un vínculo. Ella sabrá quién soy yo, y yo sabré quién es ella.

En resumidas cuentas, una puta faena para mí.

Aprieto el volante y recoloco el retrovisor central para no ver nada del asiento trasero.

He decidido que llevarla a mi apartamento no es una buena idea; así que lo mejor será buscar un hotel.

Capítulo 5

No ha sido demasiado difícil encontrar una habitación libre.

Mientras aparco el coche en el parking subterráneo de uno de los hoteles del centro, pienso en el lío en el que estoy metido.

Aún no me he girado hacia la chica, pero ha llegado el momento de vernos las caras. No tiene sentido que me tape medio rostro con la chaqueta porque tendré que cuidar tres días de ella; así que, simplemente, lo mejor será asimilar que estoy expuesto. Saben mi nombre y mi apellido y hay una testigo que me va a conocer.

“Harry Hunter, estás jodido”, me digo de nuevo, justo cuando termino de encajar el monovolumen en el apretado espacio de la plaza de aparcamiento.

Suspiro hondo relajándome, pensando que no hay marcha atrás y que lo mejor será que lleve la situación lo mejor posible.

Cuando me giro hacia detrás, me choco con su mirada.

Al principio solo veo esos ojos de color azul y pienso en ella, en la chica de mis sueños. Después la contemplo más a fondo y me doy cuenta de que no es ella; aunque también tiene el pelo castaño y una expresión similar, la chica que está en el asiento trasero del vehículo es mucho más joven. Tendrá unos veinticinco años, algo menos o algo más. Está acurrucada en el asiento trasero, en la esquina derecha, y muestra hacia mí una desconfianza inocultable.

— Bailey, ¿verdad? — pregunto, recordando cómo la había llamado el

hombre del encuentro.

Ella asiente y entonces comprendo que no solo muestra desconfianza hacia mí; también desprecio.

No le agrado, es evidente.

Y lo que más me llama la atención de todo eso es que no está asustada.

— Bueno, pues venga, vamos — digo, sin saber muy bien qué decir.

Esto es de lo más extraño.

Ella se baja del coche, cumpliendo mi orden pero delatando cierta indignación con la situación.

Algo no encaja.

Cuando una persona contrata un guardaespaldas para que la proteja suele ser porque siente miedo. Está asustada, alguien quiere hacerla daño y no se siente capaz de mantenerse a salvo por sí sola. Pero esta chica, Bailey, no parece realmente asustada.

Me bajo detrás de ella; me está esperando junto al vehículo.

Escucho la puerta del garaje abriéndose de nuevo y mis músculos se tensan. Estoy convencido de que nadie me ha seguido — me he cerciorado de ello — , pero aún así me mantengo alerta.

— ¿Vamos? — pregunta, hablando por primera vez.

Tiene la voz dulce, delicada. Su aspecto también es frágil.

No es una chica corpulenta, más bien es menuda. Viste unos vaqueros claros, una sudadera gris y unas deportivas negras. El cabello castaño lo lleva suelto, ondulado, y cae justo a hasta la altura de sus hombros.

Vuelve la mirada hacia mí y me doy cuenta de lo atractiva que es. No su físico, si no su rostro. Es... atrayente.

En el mismo instante en el que el vehículo que acaba de entrar en el garaje pasa frente a nosotros — una berlina de color azul — , me doy cuenta de lo fuera de lugar que están mis pensamientos.

Asiento a su pregunta, saco la pistola del tobillo, la recoloco en el cinturón

— quién sabe si la necesitaré — , y echo a caminar hacia la puerta de peatones junto a ella.

Como camina despacio, tengo que contener mis pasos y desacelerarme.

Entramos en el rellano de espera y pulso el botón de llamada al ascensor. El silencio corta el ambiente.

— ¿Vamos a dormir en la misma habitación? — pregunta secamente.

Yo asiento, evitando mirarla porque tiene “algo” que hace que no pueda apartar los ojos de ella. Quizás sea porque me recuerda a la mujer de mi sueño, esa que desde hace tantos años significa para mí un archipiélago de confianza.

— No pienso dormir en la misma cama que tú — gruñe, justo cuando el ascensor llega abajo.

Comprendo en ese momento que cuando he llamado al hotel para preguntar la disponibilidad de las habitaciones no he dicho nada sobre camas individuales. Simplemente he solicitado una habitación “doble y estándar”, nada más.

No le respondo.

Subimos al hall y me acerco al mostrador. Tengo que tirar de ella para que camine a mi lado, porque de algún modo, parece resistirse a mí.

— Tengo una reserva a nombre de Harry Hunter.

Utilizo mi nombre porque da lo mismo, ella ya sabe cuál es.

Hasta entonces también lo había utilizado con Max porque cuando me metí en estos negocios no imaginé que acabaría liándose tanto mi vida. Todo empezó de una manera sencilla, con unos trabajitos aquí y allá hasta que la cosa se fue complicando. Decidí entonces que llegado el momento y la hora de cambiar de identidad, daría lo mismo pasarse a una falsa que regresar a una verdadera.

Quizás todo se reduzca a un cúmulo de malas decisiones de mi pasado, pero también da lo mismo. Lo mejor es saber desenvolverse con lo que uno tiene.

— Ahora mismo... — responde la mujer, tecleando en el ordenador.

Después alza la mirada, me sonrío y después sonrío a la chica.

Se ha quedado dos segundos de más mirándola a ella y no me ha dado buena espina. ¿Por qué lo ha hecho? Quizás sea homosexual, quizás simplemente se esté fijando en el corte de su cabello. Sea cual sea la razón, no quiero que nadie se fije demasiado en Bailey.

— ¡Aquí está, la trescientos nueve! — exclama — . Necesito un carné de identidad y una tarjeta de crédito. No se le cobrará nada hasta que no...

— Pagaré por adelantado y en efectivo — respondo con rapidez, cortándola.

Ella asiente y recoge el carné que le tiendo.

Dos minutos después estamos en el ascensor, camino a la tercera planta.

La chica sigue en silencio y yo continúo preguntándome por qué se habrá quedado mirándola la recepcionista. No me gusta nada. Si alguien pasase por el hotel con una fotografía de Bailey, preguntando por ella, podría reconocerla.

— Joder... — susurro, consciente de que he metido la pata.

No estoy acostumbrado a este tipo de trabajos así que tendré que tener más cuidado si quiero evitar cometer más errores.

Bailey no me pregunta qué sucede, ni siquiera me mira.

Cuando salimos al pasillo, aún estoy decidiendo si debemos cambiar de hotel o no.

— Son las cuatro y media de la madrugada — dice ella en voz baja — , no voy a buscar otro sitio donde pasar la noche.

¿Cómo es posible que...?

Asiento, preguntándome a mí mismo cómo demonios habrá adivinado lo que pensaba. ¿Tan transparente soy?

Tampoco era consciente de la hora. He debido de dar más vueltas de las previstas asegurándome de que nadie nos seguía el rastro.

Me quedo mirando a la chica, Bailey, que se ha detenido frente a la

habitación que nos corresponde. Me preguntó dónde habrá visto la hora que es, porque no lleva reloj y no ha consultado ningún dispositivo electrónico. “La habrá visto en recepción”, pienso, mientras introduzco la tarjeta en la ranura de apertura.

Estoy siendo muy despistado, cosa que suele ser poco común en mí.

Pienso que quizás se deba al cansancio y me digo a mí mismo que si no empiezo a espabilar este asunto terminará mal.

La habitación es amplia, con paredes blancas y decorado minimalista. Ella se ha quedado junto a la puerta del servicio, contemplándola en silencio.

Decido que, mientras esté vigilada, me da lo mismo cómo se comporte y actúe. Cierro con cerrojo la puerta y me dirijo a la cama; como era de esperar, es de matrimonio. Me descalzo, me quito la chaqueta y me tumbo encima, echándome por encima la sábana.

La luz sigue encendida y Bailey continúa inmóvil en el umbral, junto al servicio, ahora observándome a mí con un gesto de pocos amigos.

— ¿No vas a descansar? — digo, indicándole que si no tiene ninguna objeción apagaré la luz.

En realidad, voy a apagar la luz igualmente.

— No pienso dormir en la misma cama que tú.

Sonrío ante su carácter.

Me gusta, aunque sé que no me facilitará las cosas.

Estiro el brazo, apago la luz y cierro los ojos, decidido a dormir un par de horas y recuperar fuerzas para el día siguiente. Si quiero hacer bien mi trabajo, tendré que descansar un mínimo.

No escucho ningún sonido así que doy por hecho que ella sigue ahí, inmóvil, de pie. Como me van a pagar un millón de dólares por protegerla, doy por hecho que no intentará huir o escapar de mí. Es evidente que yo soy su contratado, no su enemigo, y espero que la chica sea lo suficientemente inteligente como para saber las diferencias entre uno y otro.

Me he acurrucado en una de las esquinas, dejando el resto de la colcha libre por si en algún momento cambia de parecer. Después todo desaparece y cuando cierro los ojos, la mujer de los ojos azules está frente a mí.

Ahora que la veo bien, no se parece en nada a Bailey. No solo porque sea más madura, si no por su expresión de dulzura, de paz, de cariño, de amor. La mujer de mis sueños me transmite amor. Aunque no la conozco, la amo, y sé que ella me ama a mí. No es un amor de pareja o un amor romántico, si no, más bien, el amor de una madre o de una hermana. Un amor de familia. Y es que en el fondo ella es la única persona que hay en mi vida, la única que me da las buenas noches cada día.

Quiero quedarme aquí para siempre, en mi archipiélago de confianza, pero sé que unas pocas horas me tendré que despertar.

Cuando abro los párpados la luz aún no se ha filtrado entre las cortinas de la habitación de hotel. Me giro lentamente en la cama, inspeccionando la habitación y, a su vez, localizando a Bailey. La encuentro en la cama, justo en la otra esquina, y no puedo evitar sonreír ante la imagen; al fin y al cabo, ha cedido a la testarudez de la noche anterior. Eso sí, se ha apretado con su propia ropa evitando coger la misma sábana con la que yo me abrigaba.

Vuelvo a revisar la habitación y está en calma.

Compruebo que son, solamente, las seis y tres minutos de la mañana. No he dormido demasiado, pero es lo suficiente como para que mi cabeza haya podido despejarse y vuelva a pensar con claridad.

Me levanto con lentitud y me acerco hasta la ventana; retiro levemente la cortina y reviso el exterior. A esas horas de la mañana, allí no hay nadie. Tampoco veo ningún tipo de actividad sospechosa ni un solo coche que capte mi atención.

Eso es buena señal.

Aunque estaba convencido de que nadie nos había seguido, uno nunca puede estar totalmente seguro hasta pasadas las primeras horas. Después las probabilidades de que nos encuentren son prácticamente nulas mientras no

abandonemos en ningún momento la protección de la habitación.

Me siento en la silla que hay al fondo de la habitación y observo a Bailey mientras duerme. Los primeros rayos de sol comienzan a colarse por la ventana, dejando parcialmente al descubierto su rostro.

Durante la siguiente hora no puedo dejar de mirarla.
Tiene algo, algo que me hipnotiza.

Quizás tan solo se deba a su parecido con la chica de mis sueños, quizás sea porque hace demasiado tiempo que no estoy tan cerca de una mujer. ¿Cuánto ha pasado desde la última vez que mantuve relaciones sexuales? ¿Un año? ¿Año y medio? Ni siquiera lo recuerdo.

Es algo a lo que también he decidido resignarme. Aunque antes sí que me veía con mujeres, el simple hecho de tener que abandonar mi rutina, buscar una identidad falsa, exponerme o quedar con prostitutas en una hostel no resultaba de mi agrado. No ha sido algo que haya surgido, en ni una sola de las ocasiones, de manera natural.

Me doy cuenta de que estoy observando a esa chica con ojos un tanto perversos y sacudo mis pensamientos. No es apropiado. Ella es mi paquete y yo tengo que protegerlo, nada más. No puedo ni debo confundirme en un momento como este.

Pero aún soy incapaz de apartar la vista de ella.

Me quedo ensimismado mientras su pecho sube y baja con la respiración, con las suaves y lisas facciones de su rostro. Las preguntas comienzan a volar a través de mi mente y comprendo que eso tampoco es bueno. Tengo tantas interrogativas... ¿Quién es? ¿Quién la quiere? ¿Por qué la buscan? ¿Desde hace cuánto tiempo huye? ¿Tiene familia? Por lo general, las personas que se están escapando de algo no suelen dejar a nadie detrás.

Vuelvo a sacudir mis pensamientos, pero aún así las preguntas no desaparecen. Una de ellas me lleva a otra y... Y al final comprendo que estoy en la misma situación en la que había predicho que me vería aquel día, pero con una carga de añadido. Huyendo. Necesito más información; o al menos, saber de quién estoy escapando.

Bailey abre los ojos y me mira. Yo también la estaba mirando, así que no me molesto en fingir que no.

— ¿Estamos a salvo? — pregunta, dejando de lado el clásico “buenos días”.

Yo asiento en silencio mientras ella se incorpora sobre el colchón.

Se mira las manos y después se abraza el cuerpo.

— ¿Tienes frío?

Estiro el brazo para comprobar que la calefacción está encendida. Así es.

— Sí, un poco — dice.

Me doy cuenta de que su actitud respecto a la noche anterior ha cambiado. Ella ha cambiado. Noto que ya no está tan a la defensiva como hacía unas horas y me pregunto si habrá comprendido quién soy y para qué estoy aquí.

— Yo no te he pagado para que estés aquí, conmigo — escupe de golpe, impactándome y distrayéndome.

— ¿Tan evidentes resultan mis pensamientos?

Ella se encoge de hombros.

— Supongo — añade — , tienes un rostro muy expresivo.

Me quedo en silencio unos segundos, pensando en lo que ha dicho anteriormente.

— ¿Y quién me ha pagado? Un millón de dólares es demasiado dinero para un simple trabajo de guardaespaldas.

Ella sonrío con frialdad y yo no comprendo por qué.

— Te ha pagado mi padre, aunque no sé muy qué es lo que pretende — continúa pensativa, sin mirar directamente hacia mí — , ¿cuánto tiempo te ha contratado?

— Seis meses.

— Seis meses no serán suficientes para que se olviden de mí.

Ella se lo piensa antes de responder.

— Cuanto menos sepas, será mejor para ti.

Es la típica respuesta que podría darle yo a ella.

No me ha preguntado quién soy, ni por qué trabajo de esto, ni cómo he llegado a este punto de mi vida, ni para quién trabajo, pero supongo que esa hubiera sido mi respuesta para cualquiera de esas preguntas.

Se levanta y me mira con atención mientras sus penetrantes ojos azules se abren y brillan.

— ¿Cómo puedo llamarte? ¿Harry?

Yo asiento.

— Harry, creo que nos han encontrado... — susurra, como si alguien más pudiera escucharla.

Capítulo 6

Me asomo a la ventana.

Allí no hay nadie, o al menos no parece haber nadie. Aún así, no aparto la vista de la carretera ni de los primeros comercios que empiezan a elevar sus persianas para dar la bienvenida al día.

Bailey camina de un lado a otro de la habitación y me está poniendo muy nervioso.

— ¿Por qué dices eso? — pregunto, irritado, con todas las alarmas alerta.

Ella no responde y yo comienzo a impacientarme.

Tengo que relajarme y pensar que no tiene sentido real lo que está diciéndome. ¿Cómo habría podido alguien dar con nuestro paradero?

Vuelvo a mirar a Bailey, que se ha detenido junto a mí y contempla a mi lado el exterior.

— Mejor apártate de la ventana — le pido con rapidez.

Aunque no estoy acostumbrado a realizar trabajos de protección, sé más o menos cómo debo actuar.

Además, las ventanas nunca son seguras.

— ¿Quién te busca, Bailey? ¿Me lo vas a contar?

Ella vuelve a pasearse por la habitación, inquieta.
Allí no hay nadie, ¡es ridículo!

Cierto que la noche anterior estaba un poco adormilado, pero tampoco hice las cosas tan mal.

— Es mejor...

— No es mejor para mí — le corto, sin dejarle terminar la frase — , si tengo que mantenerte a salvo, necesito saber a quién me enfrento y qué medios tiene para dar con nuestro paradero.

Bailey vuelve a sonreír mientras camina hacia mí.

Después acaricia mi brazo y siento cómo todo el vello de mi cuerpo se eriza ante el contacto con su piel.

— Me busca el gobierno — suelta en voz muy bajita, mirándome fijamente a los ojos — , y ya nos ha encontrado.

Vuelvo a desviar la vista hacia la ventana para corroborar que la chica está delirando cuando...

— ¡Joder, joder, joder!

No puedo creer lo que estoy viendo.

¿Cómo cojones han llegado hasta nosotros?

Me doy cuenta de que su respiración ha cambiado; empieza a hiperventilar. Aunque ya había predicho que “nos habían encontrado”, no ha comenzado a ponerse realmente nerviosa hasta ahora.

Vuelvo a fijar la vista en el exterior; dos coches negros, cuatro hombres se bajan de uno primero, otros tres del segundo. Me preguntó quiénes son, porque no tiene demasiado sentido que el gobierno persiga a una chiquilla como ella con siete matones.

— ¿Nos vamos a quedar aquí para darles la bienvenida?

Me levanto de la silla de un salto, recoloco mi arma en la cintura y agarro a Bailey del brazo. Está tan nerviosa que todo su cuerpo tiembla.

— Nos vamos — digo, tirando de ella hacia el exterior.

Recorremos el pasillo aceleradamente hacia la bajada de emergencia cuando

las preguntas continúan deslizándose por mi mente. ¿Por qué no le encuentro sentido a nada de lo que está pasando? ¿Por qué demonios se ha dado cuenta antes de verles de que nos habían encontrado?

Bailey se tropieza, incapaz de seguirme el ritmo, y cae de bruces al suelo. Me detengo en el acto para ayudarla a recomponerse y me doy cuenta de que está llorando. Temblando. Realmente asustada.

Por primera vez la veo comportarse como a una chica que ha pagado un millón de dólares por su protección. Vuelvo a tirar de ella para no perder más tiempo y seguimos corriendo; esta vez escaleras abajo.

En el segundo piso mi teléfono móvil comienza a resonar desde el bolsillo interior de mi chaqueta. Lo saco, sin detenerme y sin soltarla.

La única persona que sabe cómo contactar conmigo es Max, y su ayuda puede venirnos realmente bien.

— ¡Eh, Max! — grito — . ¡Necesitamos ayuda!

La voz del otro lado llega distorsionada unos segundos después.

— Max no podrá volver a ayudar a nadie.

Se me congela la sangre.

— ¿Quién cojon...?

— Entréguenos a la señorita Kim y todo esto tendrá un final moderadamente feliz para usted, Hunter.

Miro de reojo a la chica; está sufriendo un verdadero ataque de pánico y se ha dado cuenta de lo descontrolada que tengo la situación.

Han encontrado a Max, me han encontrado a mí; saben quién soy y qué estoy haciendo. Saben dónde estamos. Lo saben todo.

Tiro mi teléfono al suelo y lo piso, destrozándolo en el acto. Me detengo en seco, pensando unos instantes en cómo salir de ese lugar.

— Están en el primer piso, también bajan desde el último — me dice, como si les estuviera viendo en ese momento.

La escalera no servirá como vía de escape y el ascensor tampoco. La segunda escalera de incendios nos expone demasiado y, seguramente, también estará vigilada. Vuelvo a desviar la mirada hacia Bailey y comprendo que la chica está al borde de sufrir un colapso emocional. Me acerco a ella, acortando la distancia que separa nuestros cuerpos. Colocando las dos manos sobre su rostro, le obligo a alzar la cabeza y mirarme a los ojos. De fondo empiezan a escucharse voces, walkie talkies, susurros.

— Mírame a mí, Bailey — le digo con seriedad y firmeza — . ¿Voy a sacarte de aquí, vale?

Ella asiente, pero soy incapaz de no ver el horror en su rostro.

La abrazo contra mi pecho pensando que quizás eso la pueda calmar mientras me planteo las opciones que nos quedan.

No muchas, parece que esos cabrones tienen todo bien controlado.

Miro hacia el techo y me doy cuenta de que podemos subirnos a las cañerías. No creo que tengan salida, porque ahora mismo los circuitos que se construyen no están realmente planteados para un mantenimiento íntegro del ser humano, pero aún así es una vía de escape.

Me sujeto con fuerza a la barandilla y de un golpe seco retiro una de las tapas. El sonido ha sido estruendoso, pero no creo que se figuren nada. Aunque lo hagan, soy consciente de que las salidas que tenemos escasean y de que debemos arriesgarnos.

— ¿Ahí? — señala, incrédula.

Yo asiento.

Sigue asustada, pero ahora que seguimos un plan medianamente establecido parece un poco más calmada que antes.

La aúpo entre mis brazos y tiro de sus piernas para ayudarla a subir. Cuando me aseguro de que está arriba, la sigo y vuelvo a colocar la tapa.

Lo que estamos haciendo es arriesgado porque, aunque podríamos desplazarnos varios metros y quizás incluso encontrar una salida, se darían cuenta. El eco, el vacío. Los golpes al arrastrarnos por allí se escucharían

demasiado abajo y no tardarían mucho tiempo en atar cabos y dar con nosotros.

Lo mejor es esto; quedarnos muy quietos haciendo el menor sonido posible. Tengo claro que me han localizado por el teléfono; aunque no entiendo muy bien cómo. Es un teléfono vía satélite y no realizo llamadas que duren más de un minuto nunca. Jamás.

Las voces de los hombres que nos persiguen vuelven a aumentar de volumen, indicándonos que están muy cerca de nuestra ubicación.

Como la chica vuelve a temblar, la acerco a mi cuerpo y la coloco sobre mis piernas, abrazándola. No pretendo que se relaje, si no que el ruido que produzca sea el menor posible. Le tapo la boca con mi mano para que su respiración agitada no nos delate. Tenemos que ser invisibles, evitar llamar la atención.

Si por alguna razón llegaran a sospechar que estamos allí, tendría que desmontar el techo entero para encontrarnos. No tiene sentido. No van a encontrarnos. No son tan buenos.

¿O sí?

“Son del gobierno”, me digo a mí mismo, intentando encontrarle un sentido a todo aquel asunto.

Necesito explicaciones y, en cuanto estemos seguros, me tendrá que contar la verdad. Toda.

El sonido de los matones va y viene hasta que poco a poco se va alejando. Están buscando en otras zonas y en pocas horas se rendirán. Bailey está más relajada, aunque sigue pegada a mi cuerpo por si acaso. Aunque no estoy acostumbrado al contacto humano, no me resulta incómodo. Ni a ella tampoco — o eso creo, al menos — .

Pasa una hora, después dos, tres.

Llevamos el suficiente tiempo aquí metidos y creo que podemos salir; que el peligro ya ha pasado. Aún así, me aseguro de que la zona esté despejada antes de bajarme de allí.

Cuando salto, apoyándome sobre la barandilla de la escalerilla para caer en el

suelo, me doy cuenta de lo entumecidas que se han quedado mis piernas después de tantas horas en la misma postura.

Ayudo a que Bailey descienda y me quedo unos segundos más contemplando sus ojos azules; están húmedos e irritados, pero siguen siendo igual de impactantes de esa manera.

Bajamos por las escaleras secundarias.

No sé muy bien cuál será el mejor modo de salir del hotel sin llamar la atención de nadie. Al fin de cuentas, estoy seguro de que habrán dejado a un hombre o dos vigilando la zona por si reaparecemos. Además, quizás, incluso puede que hayan hablado con el personal de recepción. Supongo que lo más probable es que les hayan relatado alguna mentira como que somos dos delincuentes en busca y captura y que, si nos ven, deben avisarles cuanto antes. Les habrán enseñado una placa que los identifique como agentes del gobierno — si es que Bailey está en lo cierto — para disipar cualquier duda.

Me doy cuenta en ese instante de que no sé nada de la chica con la que estoy; quizás sí que sea una peligrosa delincuente. No tiene sentido pensar que puede ser una asesina o algo similar, porque entonces estaría buscándola la interpol. ¿Pero por qué no una hacker que ha estafado millones a grandes cabezas del gobierno americano?

Bailey me mira con detenimiento, como si en el fondo intuyese que mis pensamientos giran en torno a ella.

— Estoy pensando cómo salir de este maldito hotel — explico, sintiéndome vigilado.

Ella asiente, pero no deja de mirarme.

Al final, decido que lo mejor será abandonarlo en más compañía.

Todo el mundo está buscando una pareja de fugitivos, pero nadie espera que abandonemos el lugar acompañado de terceras personas. De turistas.

Lo único que podemos hacer es tener paciencia y rezar porque mi plan salga bien.

Capítulo 7

Les hemos dicho que acabamos de llegar a la ciudad, que queremos hacer turismo pero que estamos un poco desubicados porque habíamos contratado un guía por internet y resulta que nos ha engañado y dejado tirados.

Son un matrimonio con dos niñas pequeñas, totalmente adorables los cuatro.

Bailey no habla demasiado y me permite llevar las riendas de la situación. Por una parte lo agradezco, pero por otro lado sé que tenemos que resultar una pareja demasiado extraña para ellos. Aún así, el matrimonio es muy agradable y no hace ningún comentario sobre nosotros. Nos dicen que van a desayunar en un café, muy cerca del hotel, y que si queremos podemos acompañarles. El marido propone coger un mapa en recepción y yo les miento diciéndoles que ya tengo uno, porque no quiero arriesgarme a que alguien pueda reconocernos.

Salimos del hotel y agarro a Bailey de la mano, fingiendo que se trata de un simple gesto cariñoso entre dos enamorados. En realidad, sé que está nerviosa, muy nerviosa. No entiendo por qué me preocupo tanto por ella, aunque tampoco puedo evitar hacerlo.

La siguiente hora es una completa tortura. Bailey me lanza miradas de angustia constantemente, mientras yo me esfuerzo por tomarme un descafeinado y escuchar los lugares más emblemáticos que tenemos cerca. Mientras los repasa, indicando uno detrás de otro, me pregunto qué clase de gilipollas no los habrá escuchado nunca.

Poco después nos despedimos de ellos y nos alejamos del café con una sonrisa incómoda en el semblante.

No hemos caminado ni diez metros cuando diviso un callejón solitario a nuestra derecha y tiro de Bailey para introducirnos en él. La empujo con rapidez hasta detrás de un contenedor, esperando que nadie de nuestro alrededor se haya fijado en nosotros.

— Me vas a contar qué demonios pasa contigo... — le digo con seriedad, mientras la aprisiono contra la pared con ambos brazos.

No le dejo escapatoria posible.

Ella duda, pero al final, habla.

— Me busca el gobierno pero también me busca la empresa de desarrollo genético Pharma Labs.

La conozco.

Aunque he procurado siempre mantenerme al margen, sé que el propietario de la misma — uno de los hombres más ricos y poderosos del planeta — ha contratado mis servicios para robar información a la competencia en más de una ocasión.

— ¿Por qué te buscan? ¿Qué tienes que te hace tan especial?

Ella carraspea.

Sea lo que sea, no quiere contármelo. Puedo notarlo en sus gestos, en su manera de actuar.

— Dímelo, Bailey. Si no me cuentas la verdad no podré protegerte...

— Tengo un coeficiente intelectual mayor al resto de la población — explica levemente, sin entrar en detalles — , y eso les parece interesante de estudiar.

Sonrío ante la estupidez que acabo de escuchar, aunque su mirada me haya dicho todo lo contrario. Parece estar intentando sincerarse.

— No voy a creerme que los magnates del país estén recorriendo la ciudad de cabo a rabo porque seas la listilla de tu promoción — señalo, cada vez más nervioso.

— Albert Einstein tenía un coeficiente intelectual de doscientos veinte, el mío supera los seiscientos cincuenta — dice con rapidez — . Tampoco tengo

tantas células griales como otro ser humano, la materia gris de mi cerebro es diferente, lo que me hace única si se me compara con el resto.

Intento seguir lo que dice y, aunque sé que está explicándolo de manera superficial, me cuesta entender.

— Una de cada diez células del cerebro se encarga de proporcionar asistencia nutricional al resto de las neuronas, que son un diez por ciento de las células y las encargadas de pensar. Mis neuronas de “apoyo” — me dice, entrecomillando en el aire —, se han desarrollado más que las del resto. Se han adaptado y han creado nuevas formas, así que son diferentes a las tuyas. Por decirlo de alguna manera más sencilla, el diez por ciento de tu cabeza piensa y el otro noventa la ayuda a pensar. En mi caso... no. Tengo más conexiones nerviosas que cualquier ser humano que conozcas y todo esto lo saben desde que cumplí los nueve años.

Me quedo mirándola sin saber muy bien qué decir.

— Entonces... ¿quieren experimentar contigo?

Ella duda.

— Llevan experimentando conmigo desde entonces. Desde que tenía nueve años — continúa —, ahora quieren extraerme el tejido y convertirme totalmente en su conejillo de indias. Lewis Hall dijo en una de sus juntas que estaba convencido de poder crear un suero que desarrollase la percepción extrasensorial.

Lewis Hall es el propietario mayorista de Pharma Labs, pero eso no me explica nada.

— ¿Qué cojones es eso de la percepción y qué tiene que ver contigo?

— Quiere desarrollar el sexto sentido de las personas, igual que lo he desarrollado yo.

Sus ojos azules brillan y sé que me dice la verdad.

No miente.

Aunque no termino de entender la mitad de las cosas que me ha dicho, decido

que es suficiente por ahora y que lo mejor será buscar un lugar más seguro en el que escondernos. Después ya se verá.

Continuamos caminando por las calles más abarrotadas de la ciudad, evitando pasar por las zonas en las que seríamos blancos sencillos de detectar. Por alguna razón, empiezo a creer que Bailey comienza a confiar en mí.

— ¿A dónde vamos? — me pregunta cuando las primeras gotas de agua comienzan a caer.

Es evidente que no podemos seguir dando vueltas, paseando sin sentido. Hemos dormido solo un par de horas y llevamos todo el día sin comer nada, exceptuando el café del desayuno.

Intento pensar qué lugar podría ser seguro, que ninguno termina de convencerme. Al final, decido que pasaremos por mi apartamento y comprobaremos la zona.

Lo pienso detenidamente mientras caminamos y me voy dando cuenta de que sí puede resultar una opción factible. Al fin de cuentas, el contrato de alquiler no lo firmé a mi nombre y de buenas a primeras alguien no puede encontrarme. Max, sí. Pero tengo la sensación de que Max ya no está entre nosotros...

— ¿Por qué me dijo tu guardaespaldas que contactaría conmigo?

Ella levanta la mirada hacia mí.

— Connor... — susurra, como si se hubiera olvidado hasta entonces de su nombre y yo se lo hubiese recordado — . Tenía que ayudar a mi padre a ponerse a salvo y después se reunirían con nosotros los dos.

Esto último no me hace demasiada gracia.

No solo por el hecho de que no trabaje con nadie y me desenvuelva mejor solo, si no porque cuatro personas son mucho más sencillas de encontrar que dos. Cuantos más seamos, más expuestos estaremos.

— ¿Cómo pretende contactar con nosotros? — pregunto, dubitativo.

Max ya no forma parte de la ecuación y he destruido el teléfono móvil en el

hotel. Suena muy mal decirlo pero, si ese tal Connor es capaz de encontrarnos, significa que cualquiera puede hacerlo y que algo va mal, muy mal.

Bailey se encoge de hombros, con el ceño fruncido. Sé que está preocupada, porque me lo transmite de alguna manera que no logro entender. Me pregunto si soy capaz de percibir tanto de ella por esa tontería del sexto sentido, pero después sacudo ese pensamiento diciéndome que son tonterías.

Hemos parado en una marquesina de autobús. Ella está calada de pies a cabeza, tiritando sobre la banqueta de plástico. El chaparrón aumenta por segundos y el viento que sopla parece que también.

A veces se me olvida que yo no soy como los demás y que no tengo las mismas necesidades humanas que el resto. Quizás no suene bien del todo — más incluso después de escuchar que tengo a una cerebrita a mi lado — , pero tengo por seguro que el resto de los habitantes del planeta necesitan dormir y comer más horas y más veces que yo.

— ¿Estás bien? — le pregunto, preocupado.

Ella asiente.

Pero cuando sus dientes empiezan a castañear con fuerza sé que me está mintiendo.

— Venga, vamos — la insto — , tenemos que llegar al apartamento cuanto antes.

Volvemos a caminar y a mojarnos bajo la tormenta.

Las calles están desiertas y volvemos a ser el centro de atención de aquellas personas que nos vamos cruzando. Coger un taxi es arriesgado, viajar en autobús, también, así que esta es la única opción que tenemos si queremos evitar una posible encerrona.

Acerco a Bailey a mi cuerpo e intento protegerla del aguacero, aunque el resultado no es demasiado satisfactorio. Ella me sonrío, dándome las gracias, justo en el instante en el que deslizo el brazo por encima de su hombro.

Llegamos a la calle de mi apartamento y soy consciente de que la chica de

ojos azules está agotada físicamente. No puede más.

Aunque no lo ha dicho en voz alta, sigo teniendo esa capacidad para comprenderla.

— Harry... — susurra en voz baja, deteniéndose en el acto.

Yo tiro de su cuerpo obligándola a continuar.

— Solo unos metros y habremos llegado — prometo, esperando que así sea capaz de realizar un último esfuerzo.

— No — me dice — , no.

La miro a los ojos y vuelvo a contemplar ese resplandor de pánico que tenía en el hotel.

— Algo va mal... Están aquí.

Tardo unos segundos en comprender a qué se refiere. No puede ser... ¿Cómo...?

Nos resguardamos bajo el toldo de un pequeño comercio que hay cerca del portal de mi piso. Desde aquí puedo controlar la zona, pero ya no me siento seguro.

Bailey tiritita con más fuerza bajo mi chaqueta mientras su nerviosismo aumenta.

— ¿Harry? Por favor, tenemos que marcharnos...

Me cuesta creer que esté en lo cierto, porque la calle está despejada y no parece haber ningún peligro alrededor.

Estoy a punto de responderle que no puede ser posible cuando les veo. Están ahí, dentro, en mi apartamento. No ha sido más que una pequeña y fugaz sombra que se ha deslizado por la ventana del salón, pero estoy seguro de haberla visto.

Me han encontrado.

Han encontrado mi casa.

— Harry, ¡tenemos que marcharnos!

Capítulo 8

La tormenta parece haberse instalado en Maine y, un par de horas después, seguimos calados de pies a cabeza. El frío no es algo que lleve realmente mal, pero Bailey no puede decir lo mismo que yo.

Hemos tomado dos cafés en establecimientos diferentes y ella se ha comido un sándwich vegetal. No es mucho, pero al menos no tiene el estómago vacío.

Y ahora sufro un verdadero dilema, porque nuestra situación se ha complicado muchísimo. Por un lado, no puedo regresar a mi apartamento y supongo que al gimnasio tampoco. Han logrado encontrarme de buenas a primeras y, por muchas vueltas que le dé al asunto, no consigo entenderlo. Puede que le hayan sacado a Max la información que necesitaban sobre mí, pero tampoco estoy plenamente seguro de que él conociese mi escondite.

Tenemos dinero, pero no demasiado. Me pregunto a mí mismo cuánto tiempo tendremos que sobrevivir sin un techo bajo la cabeza y la respuesta más obvia no me hace ni puta gracia. No podemos marcharnos a un hotel, porque lo más sensato sería guardar todo lo que tenemos para marcharnos de la ciudad y establecernos en otro lugar.

Ahí también tenemos otro problema. El gobierno y la empresa más poderosa de Estados Unidos — ¡y quizás, incluso, de todo el mundo! — nos pisan los talones. Estoy convencido de que tienen controlados todos los aeropuertos y las estaciones de autobús. Después de darle muchas vueltas, termino por decidir que el medio más seguro de transporte es el tren. Puede que en las estaciones de autobús logremos esquivarles, pero una vez estemos en el trayecto nadie nos puede asegurar que no controlarán las carreteras y los

accesos de salida de la ciudad.

Estoy a punto de hacer partícipe a Bailey de mis planes cuando comprendo que ella aún espera a su padre y al guardaespaldas. No quiero ser yo la persona que le robe las esperanzas, así que me callo. Es prácticamente imposible que den con nosotros.

Tenemos mal aspecto y la gente nos mira. Llamamos la atención, y eso no es bueno. Me he dado cuenta en las cafeterías y ahora también está ocurriendo, a pesar de estar en la calle. Una pareja mojada, ella pálida y con los dientes castañeándole con fuerza... Tenemos que salir de barrios buenos y alejarnos a las malas zonas, porque si no nos la estaremos jugando. ¿Cuánto tardará alguno de los vecinos de la zona en avisar a la policía de que nos indigentes merodean por los alrededores?

— Vamos, tenemos que salir de aquí — insto, tirando de ella de nuevo.

Noto que su cuerpo se ha debilitado, a la par de su estado anímico.

Sigo sin entender por qué siento tanto lo que ella me transmite. Puede que tan solo sea una percepción mía pero... No lo sé, es extraño.

Caminamos hasta alejarnos de los barrios residenciales.

Ahora estamos en una mala zona, de gente pobre y esquinas repletas de indigentes. Una niña que duerme bajo un saliente, enroscada al cuerpo de su madre, nos señala estirando el brazo. Nos grita algo, pero no le escuchamos. Es increíble cómo puede cambiar una ciudad de una zona a otra.

Nos acurrucamos en un portal, junto a la desgastada puerta de madera. Dejo que Bailey se coloque en la esquina porque es el único hueco que no tiene goteras y que parece realmente protegido del viento. Aún así, el estado de la chica no mejora, más bien todo lo contrario...

Siento todo lo que siente ella. No puedo explicarlo, pero el frío ha calado sus huesos y, a su vez, los míos. Está luchando para guardar el poco calor que alberga, pero siento cómo se le escapa...

— Bailey, háblame — le pido.

Ella levanta la mirada y sonrío, como si supiera porqué se lo estoy diciendo. Porqué intento distraerla.

Sé que no tiene ningún sentido, pero cuanto más tiempo pasamos juntos, más aumenta la conexión y el vínculo que hay entre nosotros. Si tendría que explicárselo en voz alta a otra persona, se pensaría que he enloquecido... Pero estoy seguro de que hay algo entre nosotros. De que esa conexión que siento es tangible.

— ¿De qué... qué quieres que te hable? — inquiera entre tartamudeos.

Sonrío levemente.

— Explícame cómo hemos acabado así.

Sé que no es un tema agradable, pero supongo que será lo suficientemente intenso como para mantenerla distraída y que deje de pensar en el frío que siente. ¿Por qué siento yo su frío? Me estoy volviendo loco.

— Todo empezó con juegos — empieza, cerrando los ojos para concentrarse en lo que va a relatar — . Mi padre trabajaba para Pharma Labs y había estrechado lazos con Lewis. Una de las cosas malas que tienen los científicos es que anteponen su profesión a cualquier cosa.

— ¿Incluso a su propia hija?

Ella asiente, aún con los ojos cerrados.

— Al principio me gustaba que me hicieran las pruebas. Puede sonar mal, pero era una niña y los juegos me resultaban divertidos, estimulantes. Rompecabezas, problemas matemáticos, ajedrez... Cualquier cosa para comprobar cómo me desenvolvía. Pero luego los juegos se convirtieron en experimentos...

Guardo silencio, dejándole espacio para que continúe cuando se sienta preparada.

La tormenta continúa cayendo con fuerza y el día sigue gris, aunque ha comenzado a anochecer hace un rato. Bailey abre los ojos de repente, dejando al descubierto esas dos ventanas azul penetrantes. Me observa

fijamente y siento que me va a traspasar con la mirada.

— Me metían en habitaciones y me obligaban a vivir situaciones extremas. Querían descubrir cómo reaccionaba ante el miedo, el pánico, el horror. Tenían que comprobar cómo decidía actuar mi cerebro.

Hace otra pausa.

Lo que está rememorando no le resulta agradable, pero aún así, continúa.

— Fue entonces cuando empezaron a decir que había desarrollado una percepción extrasensorial. Un sexto sentido que me avisaba de los peligros antes de que estos ocurriesen... Ante un fenómeno como ese, las pruebas tenían que intensificarse. No servía con ver cómo reaccionaba o de qué manera iba a actuar, necesitaban estudiar mi cerebro. Entenderlo.

— ¿Y tu padre lo permitía?

— Mi padre creo que no llegaba a conocer los procedimientos a los que Lewis Hall me sometía — explicó, apretando la mandíbula para no morderse el labio al tartamudear por el frío —. Después Pharma Labs empezó a trabajar para el gobierno probando sus nuevos fármacos en soldados. No sé muy bien cómo de lejos llegaron con ese tema, pero sé que quisieron involucrarme de alguna manera en él.

— Y tu padre... — repito, porque me cuesta creer que un padre sea capaz de hacer algo así.

Sé que después de lo que he vivido yo, de sufrir en mis propias carnes un abandono, no debería sorprenderme en absoluto, pero... ¡Joder! ¡El muy cabrón ha pagado un millón de dólares porque su hija esté a salvo!

— No le veía, yo no sabía nada de él... Estuve dos años recluida en unas instalaciones gubernamentales y únicamente tenía contacto con Lewis. De vez en cuando, acudía otro médico a verme, pero nadie me decía cuál era la verdadera razón por la que me tenían presa.

— ¿Y qué...?

— Me decían que estaba enferma, que no era como los demás y que ellos podían curarme — me corta —, pero yo sabía que todo eso era mentira. Con

el tiempo fui perdiendo la noción y la conciencia y poco a poco dejé de pensar por mí misma. Siempre tenía una vía en el brazo y un gotero colgando sobre mi cabeza. Calmantes, tranquilizantes, sueros... No tengo ni idea de qué me metían en el cuerpo. A mi padre le contaron que yo había muerto, pero jamás terminó de creerse esa historia. Continuó trabajando para Lewis Hall hasta que pudo acceder a los archivos de mi ficha.

La tormenta está empeorando y, a pesar de que prosigue arrinconada en la esquina, el viento y la lluvia comienzan a alcanzarla.

— Como trabajaba para Pharma Labs, descubrió el lugar en el que me tenían confinada y se coló en las instalaciones. Me sacó de allí y durante un año me mantuvo a salvo, escondida.

— Pero os encontraron...

— Al final dieron con nosotros — afirma con dolor — , es imposible escapar de ellos.

Quiero decirle que conmigo no van a encontrarla, que yo la mantendré a salvo de cualquiera, pero las palabras se pierden en mi interior.

Ni siquiera entiendo por qué estoy haciendo esto; Max está muerto, no tienen nada contra mí y este trabajo no tiene sentido. Nadie va a pagarme un solo dólar por estar con ella y todo podría terminar con una simple llamada, entregándola... Pero no puedo. No se trata de una cuestión ética o moral, porque sé de sobra que de eso no tengo. He robado información letal y la he vendido sin escrúpulos a personas que podían llegar a destruir el mundo con ella. No, sé que no se trata de eso. Pero entonces, ¿qué es? ¿Por qué no puedo detener esto y regresar a mi vida normal?

La miro y me sonrío.

Vuelvo a tener esa horrible sensación de estar expuesto, como si ella pudiera adivinar mis pensamientos o leer mi mente.

Voy a preguntárselo cuando me doy cuenta de lo ridícula que sonaría esa interrogante en voz alta.

Ya no habla más.

Un cuarto de hora después le he vuelto a insistir y le he propuesto que me

cuenta algo de su infancia; un recuerdo feliz, quizás. Pero está débil, no quiere hablar. Pienso en la niña pequeña que hemos visto con su madre, en la intemperie, y no puedo evitar preguntarme cuánta gente morirá esta noche por el temporal.

En realidad, sé que esas personas no le importan realmente a nadie. Todos los días muere gente en las calles, pero no tienen familia y nadie va a reclamar sus cuerpos.

— ¿Bailey?

Tiene los ojos cerrados y está muy pálida.

Sé que está viva — puedo sentirlo — , pero parece un cadáver.

Escucho sonidos en el interior del portal y me mantengo alerta, escrutando la puerta exterior. Bailey no me responde, continúa acurrucada con los ojos cerrados.

Unos segundos después, la puerta se abre y tras ella aparece una mujer de avanzada edad que me examina de arriba abajo con detenimiento.

— Buenas tardes... — murmuro, sin saber muy bien qué decir.

Es evidente que esa mujer no supone ningún tipo de peligro para nosotros.

La anciana carraspea, después lanza una mirada superficial hacia Bailey. Seguramente, estará tan acostumbrada a ver personas en nuestra situación que no sienta nada al respecto. Sale al exterior y camina contra el viento hacia el final de la calle.

Estoy a punto de decirle que regrese, que con este temporal no es muy buena idea pasear, pero veo que se agacha de cuclillas y que coloca la bolsa en un agujero que sobresale de la pared. Después retoma el camino de regreso al portal.

— Los gatos también comen — dice, antes de perderse en el exterior de las escaleras.

He sido lo suficiente ágil y rápido como para frenar la puerta con el pie antes de que se encajara en las ranuras.

Percibo el eco de los pasos de la anciana subiendo escaleras arriba y decido esperar unos segundos hasta que la zona esté despejada. Después vuelvo la vista hacia Bailey y compruebo que su aspecto va a peor.

— Eh, Bailey, mírame...

Ella no reacciona a mi voz.

Tienes los ojos cerrados y se ha ido dejando caer contra la pared, hasta quedar hecha un ovillo en el suelo.

El viento sopla con tanta fuerza que me cuesta acercarme a ella. Cuando le acaricio el rostro está frío, muy frío. Sigo sintiendo esa conexión con ella, a pesar de que se ha debilitado la sensación.

— Mírame, venga... — repito, esperando que abra los ojos.

En ese instante, las imágenes de la ola de frío que los telediarios han estado mostrando estos últimos días asaltan a mi mente. Si no me equivoco, la cifra de muertos por congelación asciende a quince personas. No recuerdo haber escuchado el nombre de ninguna de ellas, cosa que me da rabia. Estoy seguro de que si la hija del presidente hubiera fallecido en un accidente, o incluso congelada, la noticia se habría repetido hasta la saciedad. Pero esas vidas no importaban. Me pregunto si la muerte de Bailey les interesaría...

La cojo entre mis brazos, aún con la pierna entre la puerta y el marco. Pesa tan poco, que siento su cuerpo como si fuera aire entre mis brazos.

— No quiero que la cifra ascienda a dieciséis — murmuro en voz alta mientras deposito a la chica en el suelo, en una de las esquinas.

Me parece que sonrío levemente, o quizás haya sido mi percepción.

El interior del portal no es demasiado acogedor; hay mucha basura esparcida por las baldosas y la pintura de las paredes está repleta de grafitis. Aún así, el viento no consigue alcanzarnos aquí adentro y esto es mejor que lo de fuera.

Me acurruco junto a Bailey y vuelvo a acariciar su helado rostro. Está blanca, muy blanca, y tiene unas marcadas ojeras amoratadas alrededor de los párpados. Cuando deslizo mis dedos, lentamente, por su rostro, gime.

— No puedes dejarme tirado, ¿eh? — le digo, porque no sé qué puedo hacer para que reaccione — , después del lío en el que me has metido...

Voy a seguir hablándole, esperando que al menos mi voz la distraiga de su aletargamiento, pero me detengo porque he escuchado sonidos que provienen de la escalera. Puede que se trate de la anciana, que vuelve con más comida para los gatos, o quizás sea un vecino, o uno de los tantos cocainómanos que viven en este barrio y que, atraído por el sonido de mi voz, ha decidido bajar con una navaja a ver qué puede sacar.

Me levanto del suelo de un salto y saco la pistola de mi cintura. No voy a arriesgarme a nada y sea quien sea, espero que pase de largo al verme; porque una cosa tengo por segura, hoy no voy a dar una segunda oportunidad a nadie.

Todo está a oscuras, así que deduzco que la escalerilla de subida no tiene luz. Me mantengo firme con el arma en alto, dispuesto a cualquier cosa, cuando la silueta de la anciana aparece entre las sombras.

Se queda mirándome fijamente varios segundos hasta que, al final, sacude la cabeza en señal de desaprobación y continúa sus pasos hacia mí.

— La violencia nunca trae nada bueno — musita con el mismo tono de voz con el que me ha explicado que “los gatos también comen” — , solo trae más violencia.

Me apresuro a guardar el arma con rapidez mientras un sentimiento de vergüenza se apodera de mí en el instante. Solo es una pobre viejita, pero no puedo arriesgarme con nadie.

Pasa de largo junto a mí y veo que se dirige hacia Bailey. Inconscientemente, la sujeto de su abrigo y la obligo a girarse.

— No la toques.

Ha sonado como una amenaza.

En realidad, era una amenaza.

Ella vuelve a sacudir la cabeza, otra vez en señal de desaprobación.

— Hoy en día no tenéis respeto ni por la tercera edad — gruñe, zafándose de mí con movimientos bruscos.

Se agacha frente a Bailey y se queda observándola muy fijamente.

Yo me coloco tras ella, tenso, esperando que el instante transcurra con rapidez. No quiero que nadie esté cerca de ella.

— No sobreviviré a esta noche — predice la mujer.

Me devuelve la mirada y, desde tan corta distancia, puedo contemplar las miles de pequeñas arrugas que surcan su rostro. Los ojos achinados prácticamente no me dejan diferenciar el color del iris y las comisuras de sus labios están decoradas con una fina línea que te explica que, en un pasado, fue muy feliz.

— Sí sobreviviré — replico, muy tenso y enfadado.

Claro que sobreviviré.

Tiene que hacerlo.

La anciana se levanta con el ceño fruncido, desafiante.

— He dicho que no sobreviviré — repite con seriedad, como si fuera capaz de predecir el futuro — , así que, cuéntame, joven... ¿Quieres mi ayuda o no?

Lanzo una mirada superficial a Bailey; no parece la misma chica que unas horas atrás. Las opciones son bastante escasas y necesito que ella esté bien para mañana. Tenemos que abandonar el país y, si continúa así, no podré subirla en ningún tren.

— Sí — respondo con rapidez.

Ella enarca las cejas, como si no hubiera escuchado mi respuesta.

Es evidente que sí, pero parece estar divirtiéndose hiriendo mi orgullo.

— Sí quiero tu ayuda — repito.

— Coge a la chica y sígueme.

Obediente, me acerco hasta Bailey y la cargo en mis brazos. Vuelvo a sentir esa sensación ligereza y me sorprendo, una vez más, de lo poco que pesa. La

anciana comienza a subir las escaleras y yo la sigo, sin bajar la guardia.

Bailey continúa dormida y no puedo evitar preguntarme qué estará soñando. Soy consciente de que, en cierta manera, su vida y la mía se parecen mucho. A ella también le robaron su infancia y le arrebataron todo; incluso el derecho a llevar una vida normal. Y creo que esa es la verdadera razón por la que quiero ayudarla y mantenerla a salvo.

Puede que sueñe con su padre, o quizás con Connor. Inexplicablemente, este último pensamiento me ha causado una sensación de celos y malestar.

La anciana se detiene frente a la puerta derecha del segundo piso. Saca un manojito de llaves, rebusca pasando una detrás de otra bajo la leve luz del lugar. Al final, alza una de ellas en alto antes de introducirla en la cerradura y hacerla girar.

La puerta se abre y se gira para observarnos.

— No hay más que esto — anuncia.

La verdad es que, sea lo que sea, será mejor que la intemperie o que las frías baldosas del portal.

El piso está cubierto por una manta negra que se esparce a doquier, dificultando la visibilidad. La anciana se pierde en ella y yo me quedo plantado en la puerta, esperando a recibir alguna orden o el permiso necesario para pasar.

Bailey sigue sin moverse, pero su corazón continúa latiendo a un ritmo normal... Puedo sentirlo, percibirlo.

De pronto, la luz de una vela ilumina levemente el ambiente. Escucho como la mujer arrastra los pies hacia otro lado, justo antes de que una segunda vela se ilumine. Estrecho a la chica con más fuerza contra mi cuerpo, después se enciende otra vela más y el ambiente queda prácticamente iluminado por completo. No hay demasiada luz, pero es la suficiente como para desenvolverte sin tropezar con nada.

Es un pequeño apartamento abandonado. Tiene las ventanas tapiadas con vigas de madera y clavos y los escasos muebles que veo parece que llevan

años, muchos años, sin recibir ningún uso.

— Podéis quedaros esta noche, después tendréis que marcharos y buscar otro sitio donde vivir.

No me molesto en discutir ni en dar explicación.

En realidad, es mejor que piense de esa manera... Que somos dos vagabundos que no tenemos dónde caernos muertos.

— Está bien — respondo con voz seria — , no tiene de qué preocuparse.

Se acerca hasta el sofá.

Como la luz es muy escasa, no distingo su color, pero parece ser de marrón clarito o un beige. Tirando de los cojines, la parte de abajo se ensancha dotándolo de un aspecto bastante similar al de una cama.

— Os traeré una manta...

Se va del apartamento y yo me quedo ahí plantando, sosteniendo a Bailey entre mis brazos mientras me pregunto qué hacer. Me siento un intruso, a pesar de que me han dado el permiso para estar en este lugar.

Camino hasta el sofá y deposito con delicadeza a Bailey. Por primera vez me doy cuenta de lo mojada que tiene la ropa y que, por muy seco que esté el sofá, en ese estado no logrará entrar en calor.

Yo también estoy hundido, así que no puedo taptarla con mis prendas.

Me quedo mirándola fijamente y la frase de la anciana golpea mi mente con crueldad: “morirá esta noche”.

¿Por qué me estoy implicando tanto con ella?

Me digo que soy un gilipollas porque, a pesar de no querer admitirlo, conozco la respuesta real. O una de ellas, al menos. Siento que es mía, que por fin tengo a alguien y que no estoy solo. Tengo que ayudarla porque el fracaso de esta misión — si es que aún puedo considerarla una misión — , sería demasiado doloroso de asimilar.

La anciana regresa al apartamento con dos gruesas mantas de lana en las manos. Las coloca en los pies de Bailey y cruzada de brazos, me escruta.

— ¿Sabes que tiene hipotermia?

Sacudo la cabeza.

No lo había pensado, pero sí, lo más probable es que esté sufriendo una hipotermia. Es la explicación más sensata a su pérdida de consciencia.

— No quiero decirte lo que tienes que hacer — continúa, mirándome como una madre miraría a un hijo mientras le da una orden — , pero tampoco quiero tener un cadáver en mi apartamento.

Estoy a punto de replicarle, pero ella no me concede el tiempo suficiente como para responderle.

— Tienes que desnudarla y tienes que desnudarte. Meteros los dos bajo las mantas y no separéis vuestros cuerpos hasta que la luz se filtre — concluye, señalando las ventanas — . No voy a daros mi mechero porque seguro que me lo robáis, así que tendréis luz hasta que las velas se consuman, después, no.

Asiento, ella me devuelve el gesto y después, se marcha.

Cuando Bailey y yo nos quedamos a solas me doy cuenta de que tendría que haberle dado las gracias, pero como no estoy muy acostumbrado a que la gente haga cosas por mí, no he sabido reaccionar. Me digo a mi mismo que antes de marcharnos se lo agradeceré, y después vuelvo a centrar mi atención en Bailey.

Sé que tengo que quitarle la ropa cuanto antes si no quiero que el sofá también termine empapado, pero me retuerzo las manos, nervioso, incapaz de tocarla. No quiero invadir su intimidad, aunque sé que lo hago por su bien. Me siento a su lado y contemplo su cabello castaño, mojado, pegado sobre su mejilla. Se lo retiro con delicadeza y después me deshago de su chaqueta y de su sudadera.

— Solo quiero que entres en calor... — murmuro.

Es evidente que no me escucha, que está ida.

Camiseta, pantalón, zapatos. Mejor continuar por los zapatos.

Le desato los cordones, se los quito y después le saco los calcetines de ambos pies.

Ahora la camiseta. Antes de sacársela por la cabeza, la muevo un poco intentando despertarla, pero continúa inconsciente.

— Cuanto antes lo hagas, antes terminas — me digo en voz alta.

Le retiro la tela adherida a la piel y le saco la prenda por la cabeza, sujetando su menudo cuerpo entre mis brazos. Tiene la piel suave y toda ella desprende cierto aire de delicadeza irresistible. Repaso su sujetador de encaje negro y su vientre plano hasta clavar la vista en el botón de sus pantalones vaqueros.

La parte más difícil.

Los desato, estiro de ellos desde el bajo, a la altura de sus tobillos, y veo cómo van descendiendo poco a poco a través de sus muslos, dejando al descubierto un fino culote que va a juego con la parte de arriba.

Ya está.

Lo he hecho.

Me pregunto cómo reaccionará mañana cuando se despierte así...

Me quito la ropa con rapidez, clavando la vista en la madera raída y desgastada que luce el suelo del apartamento. No quiero mirarla, así que me obligo a continuar de esa manera hasta que todas las prendas caen al suelo. Después levanto la mirada y siento una punzada de... ¿Deseo? ¿Siento deseo?

Cuando cojo las mantas, tembloroso, para tapar a la chica me recrimino a mí mismo haber sido tan imbécil y no haberlo hecho antes. Después me deslizo por el sofá, introduciéndome detrás de ella.

Siento su cuerpo gélido, suave y húmedo unirse al mío, que a su lado, arde. Quemo. Puedo notarlo; y no solo es en el exterior, también interiormente. Me muero de deseo por acariciarla, por sentirla... Pero aprieto los puños y me contengo. También percibo la respiración a través de su cuerpo, con el leve movimiento de su pecho bajando y subiendo junto a mí torso. Aprieto más el puño cuando, al contemplar su rostro, percibo una sonrisa. Otra puñetera

sonrisa.

— ¿Bailey? — pregunto, algo aturdido.

No sé si me lo estoy imaginando o no.

Clavo la vista en sus mejillas y me doy cuenta de que, muy poco a poco, vuelven a lucir cierta calidez.

— Bailey... — musito una vez más, contrariado — , mientras yo esté aquí... Nadie podrá hacerte daño.

Me sorprendo al decirlo en voz alta pero, en cierto modo, estoy convencido de que puede escucharme. Mis sospechas se confirman cuando su cuerpo se desliza para apretarse más contra mí.

Debo de llevar alrededor de una hora mirándola fijamente.

No puedo bajar la guardia y tampoco quiero dormirme por si acaso, así que lo mejor que puedo hacer es contemplarla... Antes esperaba a caer rendido para ver a la chica de mis sueños, pero hoy no puedo encontrarme con ella. Hoy tengo que cuidar de Bailey. Ahora es mi deber, se lo he prometido.

La luz de las velas se va extinguiendo poco a poco. Hace rato que dos se han consumido por completo, así que solamente queda el tenue reflejo amarillento de la última. Cuando está a punto de dejarnos a oscuras, sus párpados se abren dejándome volver a ver sus intensos y brillantes ojos azules.

Un segundo después todo cae en la penumbra.

— ¿Bailey?

Escucho el murmullo del viento sacudir las ventanas con fuerza y el granizo golpear el techo.

— ¿Estás despierta? — insisto.

No puedo creer todas las malas pasadas que me está jugando hoy mi imaginación.

Suspiro, liberándome de todo el aire que contienen mis pulmones con lentitud mientras relajo mis músculos.

— ¿Estamos desnudos?

Su voz llega risueña, dulce, sana.

Sonríó levemente antes de responder.

— Sí — afirmo, buscando la explicación más acertada — , estabas a punto de morir por congelación.

Ella guarda silencio.

No puedo verla, pero sospecho que está sonriendo por el tono que ha empleado al hacer la pregunta. Al menos, espero que sea así. No creo que pueda enfadarse conmigo por haberla salvado, ¿no?

— O sea que me has desnudado, ¿no?

Esta vez el tono de su voz suena muy serio.

Maldigo para mí mismo por no poder ver la expresión de su cara.

— Sí...

Se queda en silencio de nuevo y yo no sé qué más puedo decir para suavizar la situación. Noto su cuerpo, ahora más cálido, rozarse contra mí justo antes de apartarse.

Estoy a punto de preguntarle si se ha enfadado cuando me doy cuenta de la estupidez de la interrogación. Es bastante evidente que sí, está enfadada — o al menos eso percibo yo — . Me quedo en silencio, obligándome a dejar de comportarme como un puto adolescente con las hormonas revolucionadas y procuro centrar mi atención en cosas más importantes.

Cosas como...

Que nos quieren matar.

Que el gobierno y la empresa más importante de este país nos están buscando.

Que no tenemos el dinero necesario para desaparecer del mapa.

Que si no abandonamos el país mañana, la cosa estará muy jodida.

Pero hace tanto tiempo que no comparto la cama con una mujer bonita que me es imposible no “sentir”. Sentir arriba y abajo. Sentir y... reaccionar.

¡Joder!

— Tenías que entrar en calor y no se me ha ocurrido...

Me silencia colocando un dedo sobre mis labios.

Tengo el corazón a mil por hora, desbordado. Escucho mis propios latidos resonando con tanta fuerza en mi cabeza que tengo la sensación de que ella también podrá escucharlos.

— No pasa nada — murmura — , creo que podré perdonarte.

Ahora su tono de voz no suena enfadado, suena, más bien...

No lo sé.

Mi cabeza se está colapsando.

Bailey se ha movido, girándose hacia mí y rozándome la entrepierna. Supongo que habrá sido un acto involuntario, pero no soy de piedra y mi excitación aumenta. “Soy un puto perverso”, pienso, intentando concentrarme en otra cosa.

Ella se ríe.

— ¿Qué te hace... tanta gracia? — pregunto, intentando relajarme.

— Tú.

Su respuesta es seria, clara, directa.

Siento la calidez de la yema de su dedo deslizándose a través de mi torso desnudo mientras mi temperatura corporal se dispara. Si alguno de los dos tenía hipotermia, el problema ya ha quedado resuelto. Ahora mismo soy una estufa. Un volcán en erupción. Un...

¡Joder!

— ¿Qué estás haciendo?

Ni siquiera sé cómo he logrado juntar tantas letras en mi mente y reproducir la pregunta con éxito. Casi ha llegado a la cinturilla de mis bóxers y... y mi miembro está duro, hinchado, preparado, ansioso. Espero que no llegue tan abajo, porque sentiré una mezcla de descontrol y vergüenza.

Cuando sigue descendiendo, acariciándome superficialmente por encima del calzoncillo, pierdo la noción de la realidad.

Creo que ya no sé dónde estoy ni qué...

— Siento todo lo que sientes — susurra en voz muy bajita.

Para cualquier otra persona no tendría sentido, pero para mí sí lo tiene. También lo siento. Cierro los ojos, intentando concentrarme en la respuesta y articular un “yo también”, pero es demasiado esfuerzo y mi imaginación está concentrada en otros asuntos, siguiendo su dedo, que sube y baja... Provocándome, buscándome...

Mi mente está inmersa en esa fina hilera de encaje que recorre la cintura de su culote, en su sujetador negro, que le queda un poco pequeño y deja al descubierto cierta parte marrón de su pezón. Esa que he intentando no mirar pero a la que no me he podido resistir.

Me pregunto cómo se verán sus pechos liberados y ardo en deseos de acariciarla...

— Hazlo — ordena, firme y segura.

— ¿El qué?

— Tócame.

Me quedo callado.

Joder, joder, joder.

— Sé que quieres hacerlo...

Pero no puedo.

Porque ella es mi misión, porque yo soy la persona que tiene que protegerla, porque si la toco, si la acaricio, si la poseo, estaré rompiendo la única barrera que no he roto con ella...

Siento la palma de su mano en mi rostro, sobre mi mandíbula.

Después percibo su aliento acercándose a mí y por último la presión de sus labios contra los míos. Mi pulso se dispara a mil, mi corazón se acelera más, ansioso.

El dolor que siento al contener todos mis impulsos es indescriptible.

— Si no paras... — murmuro apretando los dientes y alejándome un poco de ella.

Aprieto el puño con fuerza, pero ella vuelve a por más.

La calidez de su beso me inunda, y el deseo que siento también se fusiona con ternura... Es tierno, cálido, pasional.

— ¿Qué ocurrirá si no paro?

Sabe lo que está haciendo.

Lo sé porque su tono de voz es sexy y seductor.

— Que no me podré controlar.

Entonces se abalanza contra mí, apretando sus pechos contra mi torso, sus manos sobre mis hombros, su lengua buscando la mía.

Pierdo el control y le devuelvo el beso, fundiéndome con ella. No veo absolutamente nada, pero aún así cierro los ojos y me rindo a Bailey.

¡Joder!

Puedo sentir su excitación, lo que busca y quiere... Lo quiere de mí, lo que quiere que yo le haga a ella.

Bailey libera mi duro pene sin dejar de acariciarlo y besarme, y en la oscuridad, mi imaginación se desborda y la puedo ver rozándome, buscándome, acariciándome. Masturbándome.

Es como si mi mente se hubiera fusionado con la suya y el placer se multiplicase por dos. Por el suyo y el mío juntos. Recibo todo como jamás lo

había hecho...

Ella detiene su caricia y prácticamente lo agradezco. Con Bailey no puedo controlarme y... si seguía así, iba a terminar por correrme en su mano. Aunque no la veo, percibo sus movimientos y adivino que se está desnudando por completo. Antes de quitarse el culote, me agarra ambos brazos y lleva mis manos hasta sus pechos.

“Tócame... ¡Hazlo!”

No lo ha dicho en voz alta, pero he escuchado su voz como si así hubiera sido. Me estoy volviendo loco, estoy perdiendo la cabeza... Pero ahora mismo eso no me importa una mierda. Acaricio su pecho, primero con suavidad, pero después con más fuerza. Cuando pellizco su pezón me doy cuenta de lo hinchado que está y no puedo evitar bajar hasta él y succionarlo.

Bailey gime. Vuelve a gemir.

Sé que arde en deseo tanto como yo...

Vuelve a coger mi mano y ya no sé a qué atenerme. La guía hasta su sexo y la introduce en su entrepierna. Está húmeda, tan dispuesta y ansiosa como lo estoy yo desde hace un buen rato.

No dejo de succionar, morder y chupar su pezón. Después el otro.

Ella gime y vuelve a gemir, descontrolada.

Acaricio su clítoris, que está empapado y muy hinchado. Y cuando siento que ya no puedo más, que todo se está transformando en una nube borrosa que se apodera de mi mente, agarro mi miembro y me clavo en ella. Bailey arquea la espalda y rodea mi cintura con ambas piernas, acomodándose a mí y a mis movimientos para poder recibirme.

Salgo de ella casi hasta el final, después vuelvo a clavarme en sus entrañas. Ella grita. Repito el acto una vez, dos... tres... Estoy alcanzando el éxtasis con ella... Puedo sentirlo, puedo notar cómo su alrededor también se desvanece, puedo sentir cómo comienza a girar y cómo nuestros cuerpos se transforman en uno solo. Alcanzamos el orgasmo simultáneamente y todo, absolutamente todo, deja de existir.

Nos quedamos abrazados así, en silencio y sin movernos, hasta que cuarenta minutos después percibo cómo la profundidad de su respiración se altera y sé que se ha dormido.

Es extraño, pero siento que todo ha cambiado para mí y que, de alguna manera, ahora estoy física y mentalmente unido a ella.

Me estoy volviendo loco y nada tiene sentido.

Lo mejor es dormir, lo mejor es... soñar.

Capítulo 9

Cuando me despierto me doy cuenta de que esta vez no he soñado con la chica de siempre. En realidad, ni siquiera recuerdo muy bien con qué he soñado, y eso es algo que jamás me ocurre.

La luz se filtra entre la madera de las ventanas permitiéndome contemplar el apartamento en el que nos encontramos.

Mis sentimientos de anoche resultaron tan desbordantes que necesito varios segundos para ubicarme y recapitular.

Bailey está sentada en una butaca que hay al fondo, con las piernas cruzadas. Me mira fijamente y le devuelvo la mirada; es intensa, cargada de emoción. Ambos recordamos con perfección todo lo que sucedió anoche y eso nos hace sentirnos extraños y no saber cómo comportarnos.

Está tan confusa como yo, puedo verlo en la expresión de su rostro.

Borro todos esos pensamientos y mantengo a raya mis emociones. Debo concentrarme en cosas más importantes, como mantenernos con vida otras veinticuatro horas más.

— ¿Tenemos que dejar este lugar? — me pregunta, confusa.

Cree que aquí estamos a salvo y que no podrán encontrarnos. Pero no es así, se equivoca.

Si nos quedamos anclados en el mismo sitio tarde o temprano alguien terminará dando con nuestra ubicación.

Hay que abandonar el país lo antes posible.

— Sí, tenemos que marcharnos.

Cuando me levanto del sofá, ella sonrío.

No me doy cuenta de que estoy totalmente desnudo hasta que me fijo en su perfecta y perfilada sonrisa juguetona. Me tapo con rapidez, aunque en realidad tampoco descubriré nada nuevo.

Así, bajo la luz del día, analizo el apartamento en el que estamos y me doy cuenta de que está en peor estado de lo que recordaba. El sofá es lo que mejor se ha conservado al paso del tiempo, pero el resto de los muebles muestran un estado de abandono realmente deprimente. La cocina, que está unida al salón en el que nos encontramos, es más de lo mismo.

Hay dos puertas al fondo, que supongo que llevarán a un baño y a una habitación, pero por algún extraño motivo alguien las ha tapiado del mismo modo que las ventanas; clavando vigas de madera en el marco para evitar el acceso a ellas. Me pica la curiosidad por descubrir qué esconden esas puertas, pero suficiente he abusado de la hospitalidad de la anciana como para traspasar esos límites.

Termino de vestirme, señalo a Bailey para que me acompañe y me dirijo a la puerta. Compruebo mientras estoy saliendo del apartamento que el dinero que tenemos aún continúa en mi bolsillo, junto con la llave de la taquilla del gimnasio que jamás volveré a utilizar. No tengo manera de saberlo con certeza, pero estoy cien por cien seguro de que han encontrado el dinero.

— Dame un segundo — le pido, acercándome a la puerta de enfrente.

Golpeo la madera dos veces, con fuerza.

Al principio no escucho nada, pero después me llega el sonido de la anciana arrastrando los pies. Veo que abre la mirilla y observa el exterior, pero no nos abre. Seguramente no termine de fiarse de nosotros y se piense que queremos robarla o algo así. Ayer se sentía segura porque sabía que la necesitábamos para sobrevivir, hoy desconfía de nuestras intenciones porque sabe que no dependemos de ella.

— ¡Señora, gracias! — grito con fuerza.

No quiero llamar la atención del resto de los inquilinos del edificio, pero tampoco podía marcharme sin despedirme de algún modo de ella.

Agarro a Bailey del brazo y la insto para que baje deprisa. Descendemos hasta el portal y de camino voy planeando la mejor manera de huir. Tren. Canadá puede ser una buena opción, y calculo que hasta Montreal tan solo tendremos unas catorce horas de viaje. Eso no es nada si sopesamos la velocidad a la que viajan los trenes.

Cuando abro la puerta, me giro y compruebo que Bailey no me sigue al exterior. Está parada justo debajo de las escaleras y tantea la mirada por las esquinas de la entradilla.

— Me acuerdo — me dice.

No lo confirma, pero supongo que me está hablando de la noche anterior. Su vida había corrido un riesgo bastante alto y, dado su estado de inconsciencia, había supuesto que no recordaría nada.

— Ahora estás bien — le digo, apremiándola — . Tenemos que irnos.

Cada segundo cuenta.

— Harry... — musita entrecortadamente, mirándome con esos intensos ojos azules — , gracias por cuidar de mí.

Ni la gente suele pararse a ayudarme, ni suele agradecerme nada. Estas situaciones me incomodan de alguna manera así que no sé muy bien qué responder. Me limito a encogerme de hombros, a modo de “de nada”.

— No... Gracias de verdad — repite.

Me doy cuenta en ese instante de que sus ojos se han humedecido.

— A parte de Connor y de papá, nadie se había preocupado por cuidar de mí hasta hoy.

Quiero decirle que la comprendo, que de mí tampoco ha cuidado nadie. Quiero decirle que yo cuidaré de ella y que no permitiré que le hagan daño.

Pero no puedo decirlo en voz alta. En lugar de eso, suspiro y vuelvo a apremiarla para que camine.

— Venga, vamos — insisto, sujetándola de la mano — , tenemos que salir del país cuanto antes.

Su rostro se ensombrece y la conexión que tengo con ella se intensifica en el acto. Sé lo que está pensando.

— No podemos esperarles... Ellos estarán bien.

No tengo certeza de lo que digo, pero es la única manera de que me siga. Está pensando en Connor y en su padre, en que deberíamos esperar a que contacten con nosotros... Pero eso es imposible. No existe la manera.

— Quizás nos escriban un anuncio en el periódico o algo así.

Sé que no quiere marcharse sin ellos, pero debemos hacerlo.

— ¿Y cómo lo veremos?

Se está dando cuenta de que tengo razón y de que nuestras opciones escasean. No responde. Creo que se va a echar a llorar y eso me duele.

— Bailey, ahora mismo ten por seguro que están peinando la ciudad entera en busca de nosotros — le digo muy despacio, permitiendo que asimile cada palabra — , si nos quedamos aquí, esperándoles, será cuestión de tiempo que la búsqueda de esos tíos tenga resultado.

Guarda silencio, aún con la mirada empañada.

— Un testigo que nos delate, una cámara de seguridad de un cajero automático que registre nuestro rostro, un control policial en una carrera...

— continúo, esperando convencerla de esa manera — . No nos persigue un delincuente cualquiera, nos persigue el gobierno de los Estados Unidos. ¿Puedes imaginarte de cuántos recursos dispondrán para dar contigo? Te conozco desde hace muy poco y desconozco por lo que has pasado y la importancia que tienes para ellos, así que, dímelo tú... ¿Cuánto crees que están dispuestos a invertir de su tiempo y dinero para dar contigo?

La estoy haciendo daño, lo sé, y me duele.

Una lágrima sigilosa se desliza por su mejilla y a mí se me encoge el alma. Me siento vulnerable, porque todos estos sentimientos que ella está despertando en mi interior son totalmente nuevos para mí, y eso no me gusta. No me gusta sentirme débil.

— Vámonos — decide finalmente.

Su voz ronca y cortada me destroza.

Caminamos bajo la lluvia, pero esta vez somos un poco más inteligentes y evitamos mojarnos hasta los huesos. Vamos aprovechando los claros y las rutas más secundarias hasta llegar a la estaciones de trenes de Portland.

Cuando sacamos los dos billetes hacia Ottawa y nos sentamos en una de las salitas de espera de las que la estación dispone, el cansancio se nos viene encima y veo cómo Bailey se derrumba.

Se acomoda sobre mi hombro y cierra los ojos, cediendo al agotamiento.

Antes de ayer esto me hubiera resultado muy incómodo, pero no me importa en absoluto. Incluso me es agradable. Sentir el contacto humano, sentir que alguien está contigo... Que no estás solo. Que no estarás solo.

A pesar de ser un día laboral, compruebo que el movimiento de la estación es enorme. La gente se mueve de un lado a otro con prisas, mirando las pantallas que penden sobre nuestras cabezas para orientarse mejor. Que haya una muchedumbre a nuestro alrededor nos viene bien para pasar desapercibidos. Todo el mundo parece tener un quehacer y pasa de largo sin fijarse en la persona que tiene su lado. Además, ahora que estamos secos, tenemos bastante mejor aspecto que antes.

Nuestro tren no sale hasta las nueve de la noche, margen suficiente para que las cartas se tornen en nuestra contra.

Mientras Bailey duerme sobre mi hombro, me he dedicado a realizar un control sobre la estación. No está demasiado vigilada y eso es bueno. Hay cinco cámaras de control de seguridad: una de ellas vigila la taquilla de ventas de billete, dos están en las salidas y otras dos en la misma estación, controlando las vías del tren.

Hubo una época en la que la gente, cuando decidía suicidarse, se tiraba a las

vías; supongo que las cámaras que han colocado ahí tendrán algo que ver, porque no las recuerdo de misiones anteriores.

A las siete Bailey se despierta.

No me ha mirado, ni siquiera se ha movido. Pero yo sé que se ha despertado porque la calma que me transmitía mientras soñaba ha desaparecido.

— ¿Qué ocurre? — pregunto, un tanto asustado.

Recuerdo eso que me dijo el otro día sobre la percepción extrasensorial. Puede parecer una tontería, pero desde que la conozco siempre ha acertado con sus presentimientos.

Siento ansiedad y sé que algo va mal.

— ¿Qué ocurre, Bailey? — repito, alzando su barbilla con el dedo índice para que me mire a los ojos.

Otra vez veo esa sombra en su rostro.

No me gusta.

— No lo sé... Algo va mal.

No dice nada más pero con eso es suficiente.

Mi corazón se acelera, la sujeto con fuerza del brazo y la obligo a levantarse junto a mí. Caminamos a paso ligero por la estación, evitando correr para llamar la atención. Creo que pasamos desapercibidos y que tan sólo parecemos una pareja con prisa que va a perder el taxi que les está esperando.

— ¿A dónde vamos? — me pregunta.

En su timbre de voz encuentro la angustia que ella me ha transmitido a mí anteriormente.

— No lo sé, vamos a salir de aquí...

— ¿Y si estoy equivocada?

Tiene que levantar la voz para que pueda escucharla entre las personas que se cruzan con nosotros.

Acaba de pasar un tren por la estación, así que todo esto está a reventar.

— Harry... — me llama, clavando los talones para retenerme — . No podemos marcharnos. ¿Y el tren?

En realidad, sé que mi reacción parece precipitada.

En el exterior continúa lloviendo y aquí dentro todo parece tranquilo. Intento pensar con claridad y actuar como lo habría hecho si no conociera su presentimiento. Reviso todo con la mirada, asegurando la zona y buscando cualquier indicio de peligro, pero no lo hay. Todo indica que estamos a salvo.

— Vamos a la cafetería.

Ella asiente y me sigue.

No estoy tranquilo, más bien todo lo contrario.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, con dos cafés bien cargados sobre la mesa y un paquete de patatas fritas. Sé que no es una comida decente, pero también sé que si Bailey no ingiere alimento terminará por desmayarse. Yo puedo aguantar, me conozco y sé dónde están mis límites.

Desde la perspectiva que me otorga esta posición puedo analizar todo: la entrada, la salida, la llegada de los trenes, las taquillas y las entradas a los servicios. No deberíamos tener ningún problema en detectar cualquier intrusión.

Además, sé que la cafetería tiene una salida trasera para la carga y descarga de alimentos y la salida de la basura. Podría ser una buena vía de escape.

— ¿Se te pasa?

Ella sonrío y asiente, pero noto que me está engañando.

Los minutos van pasando uno detrás de otro y compruebo que el reloj de la estación marca las ocho y cuarto. Hace rato que me he bebido mi café, pero las patatas fritas y el contenido de la taza de ella continúan en la mesa.

He intentado instarle a comer, pero ella no deja de repetirme que tiene el estómago cerrado. Se está comportando de una manera extraña y, por muy nervioso que eso me ponga, no dejo de repetirme que estamos a salvo, que todo va bien.

— ¿Vamos a la estación?

En treinta minutos sale nuestro tren.

Ella se levanta en señal de aprobación.

No me habla, no me mira, simplemente camina detrás de mí como una autómatas.

Yo camino despacio, vigilando nuestro alrededor, cuando sucede de pronto sucede.

Ocurre en tan solo unos segundos y no puedo reaccionar.

Las lámparas de la estación saltan en chispas y segundos después la luz se apaga. Las pantallas de los televisores que cuelgan sobre nosotros han distorsionado sus imágenes y comienzan a emitir un sonido tormentoso, un pitido que nos está destrozando los tímpanos. Me agacho en el suelo tapándome los oídos y alzo la mirada en busca de Bailey.

No está.

La he perdido.

¡Joder!

La gente, asustada, corre de un lado al otro gritando.

Todo el mundo se lleva las manos a la cabeza intentando protegerse de ese sonido. Es horrible, duele, duele mucho. Duele tanto que siento que, de un momento a otro, mi cerebro explotará.

Me levanto como puedo, buscándola con la mirada. Una madre arrastra a su hija del brazo. La estampa es totalmente atroz, puesto que la niña está sangrando por ambas orejas.

— ¡¡¡BAILEY!!!

Grito, mientras la desesperación empieza a apoderarse de mí.

Tenía que haberla hecho caso. Tenía que haberme fiado de su instinto.

Y ahora no está, no la encuentro.

El pitido tormentoso se ha incrementado aún más y ya nadie corre. Nadie puede siquiera moverse. La gente grita, lo sé por los rostros desfigurados que tengo a mi alrededor, con la mandíbula descolocada. Pero ese pitido amortigua cualquier sonido y no logro escuchar nada más.

Cuando siento un líquido espeso y caliente recorrer mis manos, las separo de mi cabeza para observarlas mejor y comprendo que estoy sangrando. Este puto pitido nos está destrozando.

Me estoy mareando.

Compruebo que varias personas cercanas a mí se han desmayado. Están sobre el suelo y parecen haber perdido el conocimiento. Y es entonces, cuando todas mis fuerzas comienzan a desvanecerse, cuando algo llama mi atención. Algo no, alguien.

Es la única persona que continúa erguida, la única en toda la estación que sigue en pie.

¡¡¡Es Bailey!!!

Intento levantarme, pero es imposible. Mi equilibrio ha quedado totalmente destruido, así que comienzo a reptar por el suelo, arrastrándome, empujándome con los pies.

Tengo que llegar hasta ella.

Tengo que protegerla.

En algunos momentos todo se vuelve oscuro para mí, pero no me rindo. Estoy tan solo a tres metros de ella. Grito su nombre con fuerza. No me escucha, así que sigo gritando sin dejar de arrastrarme.

Voy dejando un rastro de sangre detrás de mí. Varias personas han perdido el conocimiento. Me cruzo con la niña que pocos minutos atrás había visto corriendo junto a su madre y se me encoge el corazón; esto no pinta bien.

No entiendo lo que está pasando... No puedo... ¡¡No puedo pensar!!

Solo me separan unos centímetros de Bailey, pero ella no me ve. Está de pie y parece sumida en una especie de trance. ¿Le estará afectando el pitido de

diferente manera? Al fin y al cabo, ella no es como los demás.

— ¡¡¡¡BAILEY!!!!

No me escucha, no reacciona, no se mueve.

Sigo arrastrándome, alargó el brazo y toco su zapato. Consigo tirar de ella y levantarme del suelo, apoyándome en sus pantalones y en su cuerpo. Tengo la mirada borrosa, no veo nada con demasiada claridad y todo continúa girando y girando a alrededor de mí, como una noria.

— Bailey... — susurro, sin casi fuerzas en mi interior.

Ella sigue sin reaccionar.

Empiezo a preocuparme realmente por su estado cuando comprendo que tiene la vista clavada en un punto fijo, en el suelo. Sigo la dirección de su mirada y choco con un... ¿Un periódico? No veo nada, estoy mareado, todo me da vueltas.

Intento concentrarme en ese papel, pero no puedo... La zarandeo, la muevo, pero Bailey no reacciona. Vuelvo al periódico, procurando hacer nítida mi visión con gran esfuerzo. Aún se mueve... Pero veo una foto... ¿Un coche? ¿Un accidente de coche? Creo que es la portada del New York Times de hoy. No estoy seguro. Cuando al fin consigo agudizar mis sentidos, comprendo lo que pone en el titular y la reacción de Bailey comienza a tener sentido para mí.

“El prestigioso doctor Kim muere asesinado junto a su chófer tras un intento de robo”.

El padre de Bailey, lo han encontrado. Y al parecer también a Connor.

¡Dios, cómo duele!

No puedo más... Sé que hay pocas personas con tanto control en su cuerpo como yo, y también sé que estoy a punto de perder el conocimiento.

Coloco la palma de mi mano sobre su mejilla, intentando captar su atención, pero ella no reacciona. Muevo su cabeza, obligándola a fijar la mirada en mí.

— Bailey... — susurro, porque sé que, por mucho que grite, escuchara lo mismo — . Estoy contigo.

Poco más puedo decir.

No entiendo lo que está pasando en la estación, pero tengo dos cosas claras. La primera es que no debemos separarnos, la segunda que tenemos que salir de aquí. Aunque este ataque no lo haya provocado el gobierno, estoy seguro de que no tardarán demasiado en aparecer. Me digo a mí mismo que todo esto no puede ser fortuito...

— Bailey, nena... ¡mírame! — exclamo, agarrándola del brazo, acariciando su rostro.

Una lágrima se desliza paulatinamente por su mejilla.

— Los han... asesinado.

Y cuando ella pronuncia estas últimas palabras, el tiempo se detiene. Las pantallas de la estación se apagan automáticamente, las luces dejan de parpadear, el sonido atronador desaparece.

Algo en mi cabeza me dice que todo esto que ha pasado tiene algo que ver con ella, pero no puedo creerlo.

No quiero creerlo.

Bailey me mira con los ojos empañados, el rostro repleto de lágrimas. Siento cómo algo aprieta mi pecho y no sé muy bien cómo reaccionar.

— Lo sé — digo, justo antes de estrecharla entre mis brazos.

Empieza a llorar y su cuerpo se convulsiona. Quiero volver a decirle que no voy a dejarla sola, que siempre me tendrá a mí y que yo cuidaré de ella... Pero en lugar de eso, me limito a estrecharla con fuerza contra mí mientras los latidos de su corazón y del mío se acompañan hasta parecer solamente uno.

La gente de nuestro alrededor comienza a levantarse. Algunas personas tardan un poco más en recobrar el conocimiento, pero no parece haber daños demasiados graves.

Suspiro aliviado porque, muy en el fondo, mi cabeza tiene la extraña sospecha que todo esto que ha pasado la provocado ella. Sé que no tiene sentido, pero verla de esa manera, sumida en un trance... No lo sé. Vuelvo pensar que estoy equivocado.

— Mírame, Bailey — musito, deslizando la manga de mi chaqueta por su rostro para secarlo — , sé que esto es muy duro y que te sientes perdida, pero yo estoy aquí y no voy a marcharme. Tampoco voy a permitir que nadie te haga daño.

Ella me mira con esos ojos azules, intensos, cargados de sentimientos y de emociones.

— ¿Me crees? — repito, esperando hallar una respuesta por su parte.

Al final, mueve la cabeza en señal de aprobación.

Escucho a varias personas hablar por teléfono con los servicios de emergencia y sospecho que esta situación no nos conviene en absoluto.

Ella entrelaza su mano con la mía y en ese instante, todos sus sentimientos se transfieren a mi interior. Noto su dolor, su ira, su angustia. Pero también siento su calma y su liberación.

Eso más el dolor de cabeza que siento es suficiente para saturarme.

Aún así, hago un esfuerzo para comprobar mi reloj. Menos tres minutos.

Es posible que al colapsar las pantallas y los ordenadores los trenes se hayan detenido, pero cabe la posibilidad de que el fallo tan solo haya tenido lugar en el interior de la estación y que, en tres minutos, nuestro billete hacia Montreal se detenga en el andén para recogernos.

— Vámonos — ordeno.

Ella camina a mi lado, en silencio.

Nos vamos cruzando con las personas que yacen en el suelo y Bailey me transmite todavía más angustia de la que ya sentía. También se está preguntando si ella puede tener algo que ver con todo lo que ha sucedido, y un pensamiento estúpido cruza su mente. Cree que, si ha sido ella quien ha

provocado el colapso en las redes electrónicas e informáticas, debe de ser un monstruo.

— No lo eres — digo en voz alta, deteniéndome en el acto.

Es estúpido pensar que puede transmitirme sus emociones y pensamientos, pero todo lo que nos está pasando es tan surrealista que ya no me cierro a nada.

Ella no me responde, continúa caminando. Me hubiera gustado verificar mis sospechas, pero tendré que abandonar ese asunto para otra ocasión.

Cuando llegamos al andén, compruebo que las pantallas informativas están en negro. Reviso mi reloj de muñeca: y dos minutos. El tren llega dos minutos tarde. O puede que, simplemente, no llegue jamás al andén...

Decido que lo mejor es esperar hasta y cinco y después, correr. Calculo que en menos de diez minutos la estación estará plagada de policías, ambulancias y bomberos. Todo esto se pasará a convertirse en una auténtica locura y espero que no estemos presentes para ese instante.

Y cuatro. Un minuto y nos marchamos.

Poco a poco mi mente vuelve sentirse despejada y va saliendo del aletargamiento. Aún me duele muchísimo la cabeza y sigo escuchando un leve pitido de fondo, pero mi malestar mengua por segundos.

Pienso en el periódico; han matado al padre de Kim y a Connor. Seguramente Max también esté muerto. No queda nadie, más que ella y yo. Es evidente que el gobierno considera a Bailey lo suficientemente valiosa como para hacer y encubrir cualquier cosa. Incluidos los asesinatos de varias personas. Si nos encuentran, no dudarán en matarme, estoy seguro de eso, pero, ¿y a ella? Presiento que muerta no les servirá para mucho. La quieren viva.

La vibración de las vías me alerta de la proximidad del tren. Y seis. Tarde, pero parece que al final ha llegado a tiempo. Escucho cómo se aproxima más y más y segundos después percibo las sirenas de varios coches patrulla de fondo.

El tren se detiene y abre sus puertas. Bailey y yo nos apartamos para dejar

salir a los pasajeros, cuyos rostros se descomponen en un instante nada más comprobar el estado de caos en el que se halla sumida la estación ferroviaria.

Nos subimos, las puertas vuelven a cerrarse y el tren arranca.

La gente se pega a los cristales intentando adivinar y comprender qué es lo que está pasando en el exterior. Nosotros nos sentamos en una cabina vacía, justo a tiempo para contemplar cómo los primeros agentes de policía acuden a la escena. La estación desaparece de nuestro campo de visión y, de pronto, la calma nos invade.

Capítulo 10

Bailey no consigue dormir.

La miro intentando descifrar qué hay en el interior de su cabeza mientras ella continúa con la vista clavada en el cristal.

Desde que nos hemos subido al tren no ha dicho ni una sola palabra. Sé que está confusa y asustada, y que sabe tanto — o mejor dicho, tan poco — como sé yo.

— No tienes nada que temer — le prometo — , no te pasará nada.

Ella se vuelve hacia mí y veo que tiene los ojos llorosos y el rostro descompuesto. Sonrío débilmente, porque ya no sé cómo puedo calmar sus emociones.

— Estás acostumbrado a esto, ¿verdad? — murmura, apartando el rostro de mí y dejando caer un manto de su pelo castaño para esconderse tras él.

— ¿A qué te refieres?

Bailey clava la mirada en el suelo.

— A hacer esto. A huir.

Yo me quedo en silencio sopesando qué responder.

La respuesta es evidente a primera vista; sí, estoy acostumbrado. Llevo toda mi vida huyendo de un sitio a otro, pero no es sencillo contarlo en voz alta.

— ¿Por qué?

Me mira con los ojos repletos de curiosidad.

Nunca le he contado a nadie mi historia y tampoco quiero hacerlo ahora, pero en fin, me parece ciertamente injusto no sincerarme. Al fin y al cabo, ella no se ha guardado secretos conmigo.

— No sabría por dónde empezar...

— Empieza por el principio — me insta.

Me pregunto cuál es el principio y decido comenzar por la muerte de mi padre. No es sencillo de contar en voz alta, pero me esfuerzo por hacerlo.

— Murió cuando tenía cuatro años, en Colombia.

— ¿Vivías en Colombia?

Asiento.

— Mi madre era colombiana y mi padre era estadounidense. Yo nací allí.

— ¿Cómo murió?

Me está costando ordenar los recuerdos porque hace demasiado que no pienso en ellos.

— Asesinado — respondo, evitando entrar en detalles.

Ella asiente, dejándome continuar sin presionarme más.

— Por aquel entonces el país estaba en guerra. Los reyes del narcotráfico tenían el poder absoluto, la guerrilla y los paramilitares luchaban y las bombas eran parte del pan de cada día en las calles colombianas. Mi padre quería marcharse a de vuelta a Estados Unidos pero para eso necesitaba un traslado, y la cosa estaba complicada. Se necesitaban a todos los hombres posibles para luchar.

— ¿Era policía?

— Algo así — continúo, pensativo — . Por aquel entonces las personas solo eran números, nada más. Cuando mi padre murió, mi madre cayó enferma. No enferma físicamente, si no enferma mental. Los médicos decidieron

quitarles mi custodia y poco después terminé dando tumbos por las casas de acogida.

— Lo siento.

— No lo sientas, fue hace demasiado tiempo.

Estoy contando todo muy superficialmente, evitando entrar detalles. Pero aún así, duele. Cuesta. Podría hablarle de las tantas tardes de sol que recuerdo haber pasado con mi madre jugando en un parque de arena. Me gustaba hacer castillos y a ella le encantaba ayudarme con los detalles; pintaba las torres, les hacía dibujitos y las perfilaba. También podría contarle cómo discutía con papá... Quiero decir, con mi padre. Ella siempre le decía que iban a terminar matándolo, y el día que sus sospechas se convirtieron en una realidad, ella también murió. Tengo recuerdos tristes y alegres, pero era demasiado pequeño y me cuesta diferenciar los reales de los que me he imaginado.

Sé que yo me parezco a mi padre, porque tengo los ojos dorados, el cabello cobrizo y la piel bronceada. Es irónico que mi madre, siendo latina, tuviera un color tan pálido como el suyo. El pelo lo tenía moreno y los ojos castaños y recuerdo que siempre vestía con trajes llamativos e imponentes. Tenía curvas, era atractiva. En un millar de ocasiones me he preguntado a mí mismo cómo habría podido ser mi vida si mi padre no hubiera muerto, pero después sacudo todas esas ideas intentando quitármelas de encima. No tiene sentido pensarlo demasiado, porque él está muerto y yo estoy aquí, huyendo, como llevo haciendo desde que era un niño.

— Algunas casas de acogida no estaban mal, pero ninguna se quedaba conmigo demasiado tiempo.

— ¿Cómo regresaste a Estados Unidos?

— Terminé en un campamento de la guerrilla. Algunas familias acogían niños huérfanos y los cedían a los guerrilleros para que los entrenasen como soldados. La DEA me encontró en uno de esos campamentos con una pistola en la mano y una brecha en la frente... Y fue entonces cuando alguien debió darse cuenta de mi doble nacionalidad y, procurando evitar que pudiera convertirme en un peligro para el país, me mandó a los Estados Unidos. Un

niño entrenado para matar podía llegar a acarrear grandes problemas.

Hago una pausa para respirar.

Bailey tampoco ha tenido una infancia demasiado fácil, así que supongo que comprenderá todo esto. La miro y ella me mira. No me habla, simplemente guarda silencio y me permite continuar con mi historia.

— Aquí las casas de acogidas no eran, precisamente, mejores que en Colombia. El gobierno estadounidense pagaba a esas familias por cada niño que recibían bajo el techo, y los huérfanos no tardamos demasiado en convertirnos en una moneda de cambio. Había casas en las que llegué a juntarme con otros diez niños como yo. En algunas casas dormíamos en el suelo, todos juntos tapados con una manta. Si la vivienda disponía de agua y luz era un auténtico milagro, y si nos permitían hacer uso de ello, todavía más. La mayoría de las veces la familia se gastaba el dinero que el gobierno les daba por nosotros en pagar deudas y al final del día nosotros nunca teníamos un plato caliente que llevarnos a la boca.

— Es horrible...

— Lo era. Por aquel entonces no existían las inspecciones que hay hoy en día, así que me consuelo con saber que la situación ha cambiado. Fui dando tumbos durante bastantes años hasta que, a los quince, uno de mis compañeros de habitación murió de hambre. Quedábamos yo y otro chico, y ambos presentábamos grandes problemas de desnutrición. La policía nos sacó de esa casa y los servicios sociales nos buscaron otra.

— ¿Era mejor?

— En cierta manera, sí. El viejo Dixon nos daba comida, agua y un techo bajo el que dormir. A cambio teníamos que trabajar para él en sus... estafas. Pedíamos dinero en la calle, robábamos en pequeños comercios y siempre nos repetía que, si nos pillaban, no nos meterían en la cárcel porque éramos huérfanos y menores de edad. Así aprendí el negocio, y poco a poco fui ascendiendo de nivel hasta... Bueno, supongo que hasta llegar aquí.

Le he contado toda la verdad. Resumida, obviando mis sentimientos, pero al fin y al cabo, la única y toda la verdad.

Bailey parece satisfecha con mi historia. Se acerca a mí y siento cómo su rostro invade mi espacio personal. Su aliento caliente roza mi piel.

— Debió de ser duro — asegura — , debiste de sentir mucha soledad.

No es una pregunta, más bien se trata de una afirmación.

De algún modo, su historia y la mía se parecen bastante.

— La sentí.

En realidad sé que esa es la principal razón por la que no he vuelto a dejar que nadie entrase en mi vida. Hasta que ella ha llegado trastocando todo lo que conozco y todo lo que tengo.

— Yo también la sentí y... No quiero volver a sentirme sola, Harry. No quiero volver a estar sola.

Sus labios prácticamente rozan los míos y siento vértigo. No entiendo por qué, pero ella tiene la capacidad de despertar un millar de sensaciones en mi interior...

— No volverás a estar sola.

Hay pocas cosas que puedo prometerle, y esa es una de ellas.

— ¿Jamás?

Niego con la cabeza.

— Yo tampoco te dejaré — musita, justo antes de presionar sus labios sobre los míos.

Todo da vueltas a mí alrededor y vuelvo a tener esa horrible sensación de que retrocedo en el tiempo. Me siento como un adolescente enamorado, y eso no es bueno. Nada bueno.

Sin poder contenerme, la estrecho entre mis brazos y hundo mis dedos en sus cabellos castaños. Mientras me besa compruebo que mantiene los ojos cerrados, a diferencia de mí. No quiero perderme este momento, no quiero olvidar ninguno de estos recuerdos. Disfruto del sabor de su boca, de sus caricias, y voy comprendiendo que todo está perdido para mí.

Lo ha estado desde el primer instante en el que la vi acurrucada en el asiento trasero del monovolumen. Ella es mágica, y de algún modo, sé que está destinada a mí.

Nos quedamos abrazados durante horas hasta que, poco a poco, el sueño comienza a invadirnos. Como todo parece estar tranquilo a nuestro alrededor — y somos los únicos que viajamos en esta cabina — me permito bajar la guardia. El traqueteo del tren y la respiración profunda de Bailey me transmiten una calma arrolladora y poco a poco los párpados van cediendo a mi cansancio.

Me estoy durmiendo, pero aún así, mi cabeza sigue dándole vueltas a todo. A Bailey, a lo que siento hacia ella, al accidente del tren, a la muerte del doctor Kim... Me pregunto cómo de lejos estarán dispuestos a llegar por encontrarla, pero no consigo responderme porque, de repente, he aparecido en una habitación blanca.

Ella, la mujer de mis sueños, está al fondo de la habitación. Va vestida con un deslumbrante vestido de color beige y una diadema de flores en la cabeza, recogiendo sus cabellos castaños en un recogido. Un par de mechones ondulados le caen en la frente.

Está preciosa.

Mi archipiélago de confianza, de sinceridad.

Me siento a salvo y eso es reconfortante. Ella habla; me está diciendo algo a mí pero no consigo escucharla bien. Estira el brazo para que agarre su mano y yo camino hacia ella, dispuesto a alcanzarla. Poco a poco el objeto que hay tras su espalda se va haciendo visible para mí y unos segundos después me detengo en seco. Es un reloj de arena gigante.

— No te vayas... — suplico cuando veo que la mujer de mis sueños camina hacia atrás, colocándose justo en frente del reloj — , quédate conmigo.

De pronto, me fijo en la arena que contiene el reloj. En vez de bajar, está subiendo y transportándose hasta la bola superior. Como si la gravedad hubiera desaparecido en la habitación, como si en vez de contar los segundos, los estuviera restando.

Me fijo en el rostro de la mujer, como poco a poco va cambiando. Me complace comprobar que, a pesar de todo, sus ojos azules siguen siendo los mismos que he visto en cada encuentro, en cada sueño. Todo es muy confuso y extraño y, cuando toda la arena termina de subir a la bola superior, la mujer ya no es la misma.

Ha cambiado.

Respiro con dificultad mientras camino hacia ella.

Ella también camina hacia mí.

— ¿Bailey? ¿Eres tú?

Al fin llego hasta ella. Sujeto su mano y me pierdo en sus ojos azules.

— Sí, Harry. Soy yo...

Capítulo 11

De madrugada Bailey se despierta y me mira con los ojos entrecerrados.

Está sentada junto a mí, acurrucada a mi lado mientras nuestros cuerpos se mantienen calientes bajo una manta que el personal del tren nos ha facilitado para pasar más cómodamente la noche.

— ¿Dónde estamos? — me pregunta adormilada.

Desvió la mirada hacia el cristal, pero lo que veo no me da ninguna pista. Todo está sumido en la oscuridad, sin farolas o luces en viviendas cercanas.

— No lo sé, creo que andaremos cerca de Haverhill — supongo, dadas las horas de viaje que llevamos.

Aún nos queda un largo trayecto y lo mejor será relajarse.

— ¿Crees que estamos seguros?

— Sí.

En realidad, no parece preocupada.

La cabina, el calor del tren y estar en continuo movimiento nos proporciona una falsa sensación de seguridad. Es evidente que no estamos del todo a salvo, que en cualquier momento podrían irrumpir y que las opciones de escapatoria serían muy vagas. Tendríamos todas las cartas en nuestra contra porque, al fin y al cabo, estamos metidos en un maldito tren. Aún así, pensar que en muy pocas horas habremos abandonado con éxito el país me hace sentirme feliz.

Allí todo será más sencillo.

Sobrevivir será más sencillo.

Puede que el gobierno de Estados Unidos sea corrupto o que Lewis Hall esté dispuesto a invertir toda la capital de Pharma Labs en encontrar a Bailey, pero eso no quiere decir que el gobierno y la policía canadiense vayan a permitirles hacer lo que quieran, o encubrir todas sus fechorías.

Una vez salgamos de Estados Unidos, podremos plantearnos las cosas de otra manera.

— ¿A dónde iremos?

Me quedo pensativo unos segundos y, al final, me encojo de hombros.

— A dónde tú quieras, Bailey.

— Me gustaría visitar el lago de Moraine — me cuenta, acurrucándose más junto a mí.

Le pregunto dónde está y ella me explica que se encuentra situado en el valle de los diez picos. No conozco Canadá, así que diga lo que diga, no podré seguirle en la conversación. Hasta el día de hoy, jamás me había interesado más de lo necesario por nuestros vecinos. Reconozco su capital y ciertas ciudades emblemáticas o de fácil acceso para la salida del país. Lugares estratégicos, no turísticos.

— El lago Moraine era el fondo de pantalla que tenía puesto el ordenador de las instalaciones en las que me mantuvieron retenida — continúa explicándome con la mirada fija en los asientos de en frente — . Cuando se marchaban y me dejaban sola, yo me quedaba mirando esa imagen. Tiene las aguas azul turquesa y siempre me ha parecido un lugar muy hermoso... Soñaba que estaba allí, entre las montañas, navegando en una piragua por el lago.

Acaricio su espalda con delicadeza, preguntándome por qué demonios alguien podría querer ir allí.

— No te trae buenos recuerdos...

— En realidad, sí — afirma, quitándome la razón — . Esos años fueron muy difíciles... Horribles, en realidad. Lo único bonito que recuerdo de entonces es el lago. Todavía me acuerdo del día en el que le pregunté a Lewis sobre él. Entonces no lo conocía, así que la siguiente hora la pasamos hablando de sus montañas, de que la gente solía escalar allí y de que era tan bonito que fue imagen en el reverso de los billetes canadienses durante varios años. Lewis Hall siempre ha tenido un problema de prepotencia descomunal, y le encantaba contar cosas y saber más que el resto. Se pasó un buen rato hablando del lago y de las montañas que lo rodean, incluso llegó a detallarme la altitud a la que se encuentra y el nombre de otro lago que se encontraba un poquito más abajo del Moraine.

— ¡Vaya! — exclamo con las cejas arqueada — , un hombre simpático el tal Lewis...

— Fue tan arrogante, que ese día no pudieron torturarme con los experimentos porque la tarde paso en un visto y no visto. Al día siguiente intenté usar la misma táctica y le volví a sacar un tema de conversación con intención de entretenerle, pero no funcionó. Me había calado.

Bailey hace una pausa y sonrío.

— Un coeficiente intelectual descomunal y no soy capaz de engañar a un viejo lunático, ¿te lo puedes creer?

— Me cuesta creerlo... — bromeo yo, intentando restarle algo de peso a la conversación.

— De ahí en adelante, como ya podía ubicar el lago en el mapa terrestre, comencé a soñar con él y a imaginarlo como mi lugar de salvación. Un lugar en el que ser libre, donde nada ni nadie podía alcanzarme.

— Iremos al lago Moraine — afirmo con ternura, sintiéndome por primera vez en la vida ligado a otra persona y a sus deseos.

Hasta ahora siempre me he guiado por lo que he sentido o querido hacer en el instante, pero las cosas han cambiado para mí.

Acaricio su mejilla y me pierdo en sus profundos ojos azul marinos mientras el sueño que he tenido antes se apodera de mis recuerdos. ¿Es Bailey la mujer

con la que llevo soñando tanto tiempo? ¿Qué significa realmente ese sueño para mí?

— Tengo hambre — dice, interrumpiendo mis pensamientos.

Yo asiento y me levanto, instándola a seguirme.

— Creo que hay una cafetería o algo así.

Estoy a punto de decirle que, si lo prefiere, puede esperarme en la cabina, pero me lo pienso dos veces y no digo nada. Es paranoico por mi parte, pero prefiero tenerla cerca de mí y asegurarme de su bienestar.

Caminamos por el pasillo hasta llegar a la cafetería y nos sentamos en la barra. El tren es bastante moderno, así que no notamos el traqueteo de una manera significativa y el lugar resulta cómodo.

Bailey le pide al camarero un té con galletas, y yo le indico con la mano que me sirva lo mismo que a ella. Estoy inmerso en mis propias preocupaciones — como por ejemplo, en cómo nos las ingeniaremos para desaparecer del mapa un par de semanas sin dinero — cuando me fijo en que se ha quedado embobada observando la televisión del fondo.

“Debería atracar un banco o algo así”, pienso, mientras alzo la mirada hacia la pantalla. Están emitiendo el telediario y para mi sorpresa, dos periodistas relatan lo sucedido en la estación de tren mientras intercalan la noticia con vídeos e imágenes del lugar.

No hay muertos, lo que supone un gran alivio, pero varias personas han tenido que ser trasladadas al hospital y dos de ellas están ingresadas en cuidados intensivos con graves problemas auditivos.

Me giro hacia ella y me doy cuenta de que está aguantando la compostura. En realidad está destrozada y siente que es la culpable de lo que ha pasado.

Por mi parte, había intentado dejar de darle vueltas al asunto, pero es evidente que no es tan sencillo dejarlo estar sin más. Es una locura pensar que la reacción de Bailey a la muerte de su padre y de Connor haya podido derivar en ese colapso, pero... Pero sospecho que algo ha tenido que ver. Recuerdo eso de la “percepción extrasensorial” y me pregunto a mí mismo si un

cerebro tan activo y avanzado como el suyo no habrá desarrollado alguna otra clase de mecanismo de reacción o protección.

“Algo más tiene que haber”, me digo, recordando la cantidad de personas que, en este mismo instante, están intentando capturarnos.

Estiro el brazo y rozo la piel de su mano.

Ella se sobresalta, pero tras comprobar que soy yo sus hombros se relajan y vuelve a alzar la mirada al televisor. Yo hago lo mismo.

Ahora están entrevistando a las víctimas del incidente. La madre que había visto corriendo con su hija inunda la pantalla con el rostro repleto de lágrimas. Está histérica mientras relata que su pequeña hijita está en el hospital y que los médicos le han dicho que puede que no vuelva a recuperar el cien por cien de su capacidad auditiva jamás.

— ¡Oh, no! — exclama Bailey, impresionada.

No estoy seguro de a qué se debe su reacción, pero como ella no aparta la vista del televisor, yo tampoco. Noto cómo aprieta mi mano con nerviosismo...

— ¿Qué ocu...?

Pero no hace falta que termine la frase. Unos segundos después la imagen aparece en el televisor.

— ¡Joder! — escupo, alterado.

Me pregunto cómo demonios puedo haber sido tan gilipollas.

¡Joder!

La televisión está emitiendo las imágenes de la cámara de seguridad de la estación. Corresponden a la videocámara que está encima de las taquillas y me sorprende al comprobar que no ha colapsado de inmediato, al igual que el resto de las pantallas o de los sistemas informáticos. Está muy lejos, así que prácticamente no se puede apreciar nada; además, la imagen sale parcialmente distorsionada. Pero aún con todo eso, se puede ver que hay una persona de pie mientras el resto de los presentes yacen en el suelo. Es solo un

punto, un borrón. Es evidente que nadie va a reconocer a Bailey, pero... Pero estoy convencido de que el cien por cien de las cadenas informativas se están haciendo eco de esta imagen y de que, tarde o temprano, Lewis Hall terminará por atar cabos y saldrá a buscarnos.

Soy un puto gilipollas por no haber pensado en ello, aunque tampoco hubiera tenido el tiempo suficiente para solucionar el tema de las grabaciones sin arriesgarme a perder el tren.

En fin, lo hecho, hecho está. Ahora lo mejor que podemos hacer es mantenernos alerta.

— No pasa nada — murmuro, devolviéndole el apretón de manos.

— Pobre gente, ¿verdad? — nos dice el camarero, que está a nuestro lado secando con un trapo un vaso de whisky — , tantos avances informáticos solo sirven para que estas cosas ocurran...

— Sí, tienes razón — me apresuro a responder.

Es evidente que Bailey ha perdido el apetito.

Ha dejado de vuelta la galleta que estaba masticando sobre el platillo y tiene la mirada perdida en algún punto de la lejanía.

— Venga, volvamos a nuestros asientos — susurro en su oreja, intentando distraerla de cualquiera que sea el pensamiento que surca su mente.

La calma ficticia que me había invadido hasta el momento acaba de desaparecer de un plumazo.

Capítulo 12

Ya estamos en Canadá, a una hora y media de la estación de Montreal. Tan solo queda una parada que nos separa de nuestro destino, después el peligro real habrá pasado.

Mi estado de tranquilidad hace rato que ha desaparecido — al igual que el de Bailey — , y me mantengo alerta con la mano en la cintura tanteando la mirada entre la ventana y la puerta de la cabina.

Fuera ha comenzado a amanecer, y los fríos paisajes de Maine ahora son sustituidos por montañas repletas de nieve. El cristal del tren luce una capa de hielo y no tardo demasiado en darme cuenta de que, nada más abandonar la calidez de nuestro medio de transporte, moriremos congelados.

— ¿Crees que sufrió? — me pregunta Bailey.

Es evidente que habla de su padre.

He matado a muchas personas a lo largo de mi vida. Creo que pocas veces he dudado más de cinco segundos en apretar el gatillo y nunca jamás me he parado a meditar sobre el sufrimiento que le podía llegar a causar a terceras personas al arrebatarse esa vida. Pero lo que sí que puedo asegurar es que jamás cometí un asesinato cruel, por mucho daño que esa persona me hubiera hecho a mí anteriormente.

— No lo sé — le respondo.

Quiere escuchar que no, que no sufrió, que murió tranquilo.
Pero soy incapaz de engañarla en algo como eso.

Ni siquiera pude leer la noticia del periódico; mi mente estaba demasiado dispersa con aquel pitido de fondo como para mantener la concentración en algo dos segundos seguidos. El titular dejaba claro que había sido un asesinato y algo en mi interior me dice que los hombres de Lewis Hall no le habrían arrebatado la vida sin antes haberle intentado sacar toda la información posible sobre el paradero de su hija. Quizás lo hayan torturado, pero no puedo saberlo...

Vuelvo la mirada hacia ella y veo que se frota las manos con nerviosismo.

Está ansiosa, lo siento en mi interior.

Es extraña esta conexión que se ha formado entre los dos. No puedo llegar a entenderla, pero cuanto más tiempo paso a su lado, más seguro estoy de que es real. Muy real. No me la estoy imaginando.

— ¿Va todo bien? — pregunto, intentando no preocuparme antes de tiempo.

Ella mueve la cabeza en señal afirmativa y desvía la cabeza hacia el otro lado.

— Estoy pensando en mi padre, nada más.

Lo dice sin volver la mirada, y algo en mi interior me alerta de que no está siendo del todo sincera conmigo.

Necesito con urgencia una ducha, una buena comida y un descanso de ocho horas seguidas. Despejarme y poder pensar en todo momento con claridad, porque ahora mismo siento que veo cosas donde no las hay y que me estoy comportando de una manera un tanto paranoica.

Cuando anuncian la llegada a la estación de Us CA Customs y yo me pego aún más al gélido cristal para intentar controlar los pasajeros que se van a subir en ella.

Bailey se levanta de un salto, con urgencia.

— ¿A dónde vas?

Ella enarca las cejas con cierto sarcasmo.

— Al baño — explica, antes de salir escopetada al exterior.

Desde que hemos visto las noticias en la cafetería ha comenzado a comportarse de una manera extraña conmigo. Me repito, de nuevo, que son solo imaginaciones mías... Pero dudo que logre crearme mi propia excusa. También me recuerdo que su padre acaba de morir y que, en el fondo, la conozco desde hace dos días. No todo el mundo reacciona igual ante una noticia de tal calibre.

El tren comienza a frenar y Bailey aún no ha vuelto.

Veo que los pasajeros que han llegado a su destino se levantan del asiento, formando una hilera en el pasillo, y mi nerviosismo asciende. Yo también me levanto y me uno al resto, esperando divisarla entre la gente.

Diviso de fondo la puerta de los servicios abriéndose, pero no veo a Bailey.

— ¡Eh, Bailey!

No es ella. La persona que acaba de salir de los servicios no es ella.

Intento abrirme paso entre la multitud, que me observa como si fuera un caradura que intenta colarse y salir el primero del tren — el cualprácticamente se ha detenido por completo — .

Un minuto después percibo la melodía que resuena cuando se abren las puertas del ferrocarril y mi corazón se acelera. Esto no me gusta nada. Estoy lejos de ella y, aún así, puedo percibir su miedo, su ansiedad, su malestar. Todo esto no es por su padre, ni por lo que ha sucedido en la estación.

Sin importarme el estado de las personas que voy derribando, consigo hacerme paso. Un hombre del personal de servicios me llama la atención y me dice que, si no me relajo, tendrá que avisar a seguridad y retenerme hasta que el resto de los pasajeros estén ya en el andén.

Mi impaciencia aumenta.

Me abro paso en una cabina y observo el exterior a través del cristal.

— ¡Joder! — grito, cuando mi mirada choca con la de Bailey.

Una lágrima se desliza por su mejilla mientras un hombre trajeado tira de ella, arrastrándola del brazo.

Vuelvo al pasillo, saco el arma que tengo en la cintura y sin pensármelo dos veces, disparo hacia el techo. El sonido me ensordece dos segundos, el retroceso me golpea y me tambalea levemente. Estoy débil, puedo percibirlo en mis propios movimientos y en la falta de equilibrio que tengo.

Mientras salto por encima de las cabezas — la gente grita y se ha tirado al suelo — , me preguntó qué demonios le habrá llevado a Bailey a actuar así. Había presentido el peligro, lo sé. Estoy seguro de que ella sabía que esto iba a suceder... Pero no entiendo qué es lo que pretende comportándose así.

Estoy en el andén.

Aún no ha salido de mi campo de visión y eso es buena señal. Cuando la pérdida de vista todo se habrá torcido demasiado, así que echo a correr observando cómo dos hombres la sujetan desde ambos brazos y se la llevan prácticamente en volandas.

Siento mi corazón acelerado y el miedo va aumentando por segundos.

Nunca había querido a nadie. Nunca había sufrido por nadie. Nunca había temido por la integridad física de otra persona que no fuera yo mismo.

Levanto el arma y disparo dos veces seguidas. Los hombres que arrastran a Bailey se detienen unos instantes, pero después continúan corriendo. Yo también corro detrás de ellos, algo mareado.

Después siento un dolor punzante taladrándome la sien y pierdo el equilibrio. Todo se vuelve de color negro.

Capítulo 13

Estoy tumbado sobre un suelo húmedo, duro.

Abro los ojos con lentitud, procurando mantener el mareo que me invade a raya. Sin hacer movimientos bruscos, voy incorporándome lentamente hasta quedar sentado sobre una pared. Pestañeo dos veces.

No, no me he quedado ciego; simplemente estoy inmerso en la penumbra total.

Tardo un par de segundos en recordar los últimos sucesos: el tren, Bailey. Y lo demás está en negro. No sé dónde estoy, ni cómo he llegado hasta aquí — aunque sí sospecho que no ha sido por mi propio pie — . Respiro hondo y el aroma a musgo alcanza mis fosas nasales. Humedad, tierra...

¿Dónde cojones estoy metido?

Parece que la superficie del planeta se ha abierto, me ha engullido y se ha vuelto a cerrar.

Como no veo absolutamente nada, decido gatear, estirando el brazo para no tropezar con ningún objeto. Avanzo un poco, casi un metro, dos... Y nada.

El suelo está muy mojado, como si se hubiera encharcado. Agudizo mis sentidos y percibo un leve goteo de fondo. Pero nada más; todo está enterrado bajo el más absoluto silencio.

Vuelvo a apoyar la espalda contra la pared y respiro hondo. No soy capaz de imaginar cuántas horas llevo aquí metido, pero estoy seguro de que ha pasado más de un día.

El dolor de cabeza me está matando y, cuando me llevo la mano a la sien para masajearme, percibo el aroma a hierro de la sangre y siento su viscosidad. Tengo un buen golpe en la cabeza que confirma mi primera sospecha: no he llegado hasta aquí por mis propios medios.

Continúo gateando hasta que tropiezo con una pared gruesa. Recorro todo el espacio que hay aquí, a oscuras, hasta que al final alcanzo unos barrotes.

Estoy en un calabozo metido; en una celda.

Siento que la sangre comienza a hervir en mis venas mientras mi corazón se acelera. Esos cabrones me han encerrado vivo y se han llevado a Bailey, así que tengo que salir de aquí como sea.

Intento pensar, pero todo da vueltas a mí alrededor. Estoy herido, he perdido mucha sangre y, además, llevo días sin dormir y comer en condiciones.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me he despertado, pero creo que ya van varias horas. La herida de la cabeza cada vez me palpita más y temo que esté infectada. Seguramente así sea.

Cierro los ojos, procurando despejarme y aclarar la mente, pero me quedo dormido. Cuando me despierto, no recuerdo haber visto a Bailey en mis sueños, lo que me enfurece aún más.

Estoy rabioso.

Sigo en el mismo sitio en el que me había quedado dormido.

Me arrastro unos metros, frustrado, justo antes de comenzar a gritar. Grito todo lo que puedo, vaciando mis pulmones, forzando mi garganta. Tengo que salir de este puto agujero como sea y ayudar a Bailey; porque se lo he prometido y porque me lo he prometido a mí mismo. Soy la única persona que sabe dónde está y quién la tiene prisionera. Soy el único que puede salvarla de esos torturadores.

Sigo gritando hasta quedarme afónico y, cuando ya no tengo voz, estrello mis nudillos una y otra vez contra la pared. No puedo verme las manos pero supongo que me las he destrozado. Da igual, al menos ya no siento tanta rabia.

Ahora estoy más mareado... tengo sueño, pero no quiero quedarme dormido otra vez y si cierro los ojos sé que terminaré cayendo...

No sé cuantos días llevo aquí metido cuando una luz brillante me despierta cegándome. Mi visión tarda unos instantes en acostumbrarse de nuevo a la repentina luminiscencia, pero al final se adapta y puedo ver todo aquello que me rodea.

Estoy en una celda, metido en una cloaca o en algún lugar bastante similar. Tras los barrotes que me mantienen preso, puedo ver unas cañerías y encuentro el provenir de la gotera que había estado escuchando. Todo gira muy deprisa a mi alrededor, pero me esfuerzo por fijar la mirada y agudizar mi vista.

Unos pasos se aproximan a mi celda y yo me incorporo porque no quiero aparentar un estado peor del real. Estoy bien; en el fondo sé de sobra que soy capaz de enfrentarme a ellos si reúno toda la fuerza que alberga mi interior.

Dos siluetas ataviadas con trajes aparecen frente a mí. Se quedan mirándome fijamente varios minutos antes de hablar.

— Aquí lo tenemos — dice un hombre — . Harry Hunter.

Tienen pinta de ser del gobierno. Agentes secretos o algo así.

— ¡Joder, apesta! — exclama el otro.

Intento levantarme del suelo pero mi equilibrio se tambalea y decido que lo mejor es quedarme donde estoy. Por ahora.

— Bueno, señor Hunter... — continúa el primer hombre, el que tiene un bigote frondoso y las cejas repletas de canas — , hemos venido a leerle sus derechos.

¿Me están tomando el pelo? ¿Se están riendo de mí?

— ¿Dónde está la chica? — pregunto con un hilillo de voz.

Al parecer, la afonía todavía me dura.

El hombre del bigote frondoso mira al que tiene cara de gilipollas. Ambos sonríen.

— Supongo que hablará de Bailey Kim... Bueno, la verdad es que no es un secreto. Después de los atentados que la joven ha cometido contra la sociedad, el gobierno de los Estados Unidos se ha visto obligada a aislarla para poder asegurar la protección de los civiles.

— ¿Los atentados? — repito, incrédulo.

Esta vez habla el que tiene cara de gilipollas.

— Creo que es absurdo que intente defenderla, señor Hunter. Usted mismo estaba presente cuando cometió el crimen de la estación de trenes.

La estación de trenes.

Fue ella... Me quedo en silencio. Ni siquiera me voy a molestar en replicar, en decirles que son unos cabrones, que ellos se habían encargado de asesinar a su padre y de encubrirlo todo. No merece la pena, pero...

— ¿Qué crimen cometió? — pregunto, confuso.

No creo que fundir unas cuantas bombillas pueda considerarse ningún crimen.

— Un anciano de setenta y seis años murió catorce horas después a causa de un aneurisma provocado por los daños que sufrió — concluye el del bigote frondoso — . ¿Le parece poco? ¿Quiere que continúe con la lista?

Puedo ver en sus miradas que están disfrutando con esta conversación.

— Quiero verla — escupo, rabioso.

Los dos hombres vuelven a lanzarse una mirada cómplice.

— ¿Cómo lo ves, James? ¿Crees que podrá volver a ver a la señorita Kim?

— Todo dependerá de él y de lo que esté dispuesto a colaborar — responde el que tiene cara de gilipollas — . ¿Está dispuesto a colaborar, señor Hunter?

— ¿Qué es lo que quieren de mí?

El bigotudo carraspea.

— Con su testimonio será más que suficiente, señor Hunter.

Me quedo callado intentando comprender a qué se refieren.

¿Mi testimonio? ¿Testimonio... de qué?

— ¿Podré ver a Bailey?

El que tiene cara de gilipollas sonrío de una manera maliciosa.

Me cuesta contener las ansias que siento de escupirle y lanzarme a su yugular.

— Eso creo, sí.

Ahora sonrían los dos, como si hubieran contado una broma que solo ellos dos entienden.

Estoy a punto de responderles que se pueden ir a la puta mierda cuando un escalofrío recorre mi cuerpo, tambaleándome hacia la pared. Un segundo después, una agónica punzada de dolor se instala en mi cerebro, obligándome a encogerme sobre mí mismo. Al principio pienso que se trata de ese golpe que tengo en la cabeza y de la infección, que se ha extendido, pero después comprendo que no. No tiene sentido.

— ¡Joder, este tío está reventado!

Ambos policías se miran con preocupación mientras yo me esfuerzo por aparentar una mejor compostura de la que puedo mantener. No quiero que piensen que soy débil, que pueden manipularme.

— ¿Deberíamos llamar al coronel?

El bigotudo suspira, pensativo.

— No, vamos a llamar a Hall directamente. Si se muere no le servirá de nada, ¿no crees?

El dolor punzante vuelve a golpearme y todo lo que me rodea se nubla.

Unos segundos después, todo comienza a envolverse en una blanquecina

neblina que me impide observar más allá con claridad. De pronto, siento cómo mis párpados luchan por mantenerse abiertos. Tengo sueño y estoy cansado. Me estoy mareando. Me siento drogado.

Capítulo 14

Me despierto sumido en la oscuridad y soy incapaz de recordar los últimos sucesos.

Sí, puedo rememorar con claridad al bigotudo y al que tenía cara de gilipollas, pero no consigo atisbar nada más en lo recóndito de mi memoria. Estoy cansado, confuso y muy mareado. Ya no soy capaz de calcular cuántos días llevo aquí encerrado, ni cuántos otros llevo sin ingerir ningún alimento.

Me llevo la mano a la cabeza y palpo la viscosidad que aún conserva la sangre seca de la herida. Estoy seguro de que se ha infectado, aunque no puedo relacionarlo con el dolor que sentí recorriendo mi cuerpo la última vez que estuve despierto.

Entre las posibilidades que barajeo, sospecho que de alguna manera, me han drogado mientras dormía. Puede que me estén inyectando algún suero para hacerme perder la cabeza o algo similar. Quién sabe; lo único que tengo claro es que después de todas las atrocidades que me relató Bailey nada me sorprende de esta gente.

Bailey.

Tienen a Bailey.

Mi memoria vuelve a ordenarse poco a poco y de nuevo me siento más dolorido. La diferencia es que esta vez es un dolor prácticamente físico, como si me hubieran arrancado una extremidad. Y sé que ese dolor radica en que me la han quitado a ella.

Bailey.

No puedo dejar que la hagan daño. No puedo permitir que se la queden.

Aunque jamás había sentido ni un mínimo atisbo de terror hacia la muerte, ahora el pánico me invade. Tengo que sobrevivir sea como sea porque si no lo hago, ella estará perdida. Y ahora sólo me tiene a mí. Y yo solo la tengo a ella.

Es extraño cómo pueden cambiar las cosas con tanta rapidez para una persona, ¿no?

Me sorprende a mí mismo analizando mis propios pensamientos y soy consciente de que mis sentimientos hacia ella van más allá. La quiero... la amo. Porque ella significa para mí todo lo que jamás había tenido; todo lo que, muy en el fondo, siempre había deseado y anhelado.

Me levanto con lentitud, sujetándome con ambas manos contra la húmeda pared para no ceder al temblor de rodillas y volver a caer al suelo. Creo que jamás me había encontrado en tal mal estado, y eso me preocupa. Si me siguen manteniendo en este estado, nunca podré recuperarme y enfrentarme a ellos.

La penumbra es como una tortura física. No poder ver nada, tan sólo sentir tu propia agonía. El olor a musgo y hierba me repugna y antes de poder caminar un solo paso, vomito en mis pies.

Solo en ese instante me doy cuenta de que en algún momento me he tenido que orinar encima, porque mi pantalón está hundido.

— ¡Joder!

Mis rodillas vuelven a temblar y esta vez ni siquiera la pared es suficiente para que me mantenga en pie. Caigo al suelo de manera estruendosa, aplastándome el brazo izquierdo con mi propio peso.

Grito. Grito por la angustia, por el dolor, por la impotencia.

Grito porque todo esto no tenía que estar pasando.

La garganta me raspa recordándome lo debilitada que la había dejado el día

anterior (o el anterior a ese, no lo sé) y guardo silencio, carraspeando.

Necesito beber agua.

Con la mano, palpo el suelo y compruebo que sigue mojado. No sé si es agua, si son sustancias químicas que gotean de la cañería que tengo enfrente o si la humedad proviene de mi propia orina, pero... Pero necesito ingerir líquido o moriré. Siento mis labios agrietados y sangrantes.

Necesito beber agua.

Pero no puedo hacerlo, porque el dolor agónico y la neblina blanquecina vuelven a atacarme y pierdo el conocimiento.

— ¡Sois unos inútiles! ¡Os dije que lo mantuvierais preso, no que os lo cargarais!

La voz que me despierta es desconocida.

Abandono el banco de niebla blanquecina para volver a la realidad y, cuando por fin consigo abrir los párpados, una luz amarillenta me ciega. Voy adaptando la vista poco a poco a la luminiscencia mientras mis oídos perciben más pasos y más voces en la lejanía.

Hay hombres que se mueven a mí alrededor, caminan y me tocan. Quiero defenderme, pero estoy débil.

Sospecho por primera vez en la vida que puede haberme llegado el fin.

— ¿Y qué pretendía que hiciéramos, Hall? — replica la voz del que tiene cara de gilipollas — ¿Solicitar una habitación cuatro estrellas en la prisión? ¡Le recuerdo que todo esto es confidencial y usted nos ordenó discreción! ¡Que este tío ni siquiera tiene abierto un expediente en condiciones y que estamos actuando fuera de los límites de la ley!

Alzo la vista y choco con ellos.

Hall. Lewis Hall.

De pronto, me veo ante el psicópata endiablado que tiene encerrado a Bailey

y no puedo siquiera levantar un solo dedo ante él. Mi cuerpo no responde.

Lo observo superficialmente para poder reconocerle si lo vuelvo a ver: tiene el pelo canoso, la piel arrugada, rondará los cincuenta años de edad, usa gafas y, tras ellas, tiene unos impactantes ojos grisáceos que transmiten cualquier cosa excepto bondad.

Otro escalofrío recorre mi cuerpo y una serie de arcadas golpean mi estómago.

— ¡Joder, tío! ¡Este asqueroso va volver a vomitar!

Me convulsiono repetidas veces, pero no tengo nada que echar. Estoy vacío.

— Llevarlo a la clínica y yo me ocuparé de él...

Escucho unos pasos alejándose de mi celda y alzo levemente la cabeza para poder ver quién es la persona que se marcha. Lewis Hall.

Pienso que ahora mismo puede estar caminando en dirección a Bailey y la rabia me consume. Puede que en unos minutos se reúna con ella y la sesión maquiavélica de tortura comience. Puede...

Estoy dispuesto a levantarme y lanzarme a por él cuando, una vez más, todo a mí alrededor se desvanece y antes de poder actuar, pierdo el conocimiento.

Capítulo 15

Me he despertado en la habitación de un hospital o, al menos, en un lugar que se le asemeja bastante.

Las paredes que me rodean son de un blanco intenso, recién pintadas. Estoy tumbado en una camilla y sujeto con varias correas, así que mis movimientos están limitados y mi visibilidad también. Sobre mi cabeza, penden varios goteros a los que estoy conectado por vía intravenosa. Intuyo que uno de ellos contiene suero, porque repentinamente ya no me siento tan mareado.

Cierro los ojos con fuerza, apretando los músculos de mi rostro, y noto que algo me tira. Tira mucho y también duele; lo que me indica que han cosido mi herida.

¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué es lo que esperan de mí? ¿Por qué me mantienen con vida?

Me siento perdido.

De pronto, siento que vuelvo a ser ese niño pequeño y desolado al que arrebataron a su padre. Aunque ahora me la han arrebatado a ella.

Aprieto los puños con ira y noto cómo mi cuerpo expulsa la vía que tengo clavada en el antebrazo. Un hilillo de sangre caliente recorre mi codo hasta manchar la sábana de la camilla y segundos después, un leve pitido resuena de fondo.

¿Me tienen controlado? ¿Sensores?

Miro a ambas esquinas de la habitación hasta que me percató de la cámara de

seguridad que tengo sobre mí. Aún no he recuperado el cien por cien de mis capacidades, porque es evidente que “mi antiguo yo” se hubiera fijado en algo así desde un primer instante.

Cierro los ojos intentando concentrarme y pensar; buscar soluciones. Formas de escapar. Pero sus profundos ojos azules son lo único que mi mente refleja en estos instantes. Bailey. ¿Dónde estará...?

Una lágrima recorre paulatinamente mi mejilla y me doy cuenta de que es la primera vez en mi vida que lloro por alguien. Tengo que encontrarla, cueste lo que me cueste...

— ¿Se encuentra bien?

Desprevenido, me giro hacia la voz femenina.

Una enfermera ha irrumpido en la habitación, pillándome por sorpresa. Me sonrío con calidez, mientras los ojos de Bailey se disipan de mi mente para dejar paso, una vez más, a la rabia y al odio.

— ¿Dónde estoy? — escupo de mala gana, mientras tiro de las correas con fuerzas para evidenciar lo poco agradable que resulta el estado en el que me encuentro.

Automáticamente, la enfermera borra su sonrisa y tuerce una mueca de disgusto.

Es joven, calculo que tendrá unos veinticinco o veintiséis años. Tiene un cuerpo atlético y es una chica llamativa, capaz de captar la atención de cualquier hombre.

— Está en la clínica privada de Pharma Labs — responde, acercándose a los goteros que penden sobre mi cabeza — . ¡Vaya! ¡Parece que se le ha salido la vía!

— ¿Por qué estoy aquí?

Ella me observa unos segundos.

— ¿No lo sabe usted? Puede que la medicación le haya dejado aturdido...
— supone, fijándose en el otro gotero que está junto al suero — , sí, supongo

que será eso. No tiene de qué preocuparse — añade, sonriente, mientras vuelve a colocarme la vía — , el doctor Hall vendrá a verle en un rato y le explicará todo lo que quiera saber.

Me quedo pensativo unos instantes, repasando su respuesta.
Tiene pinta de no saber muy bien a qué se dedican en este lugar...

— ¿Qué lugar es este?

Su sonrisa vuelve a aparecer.

— Está en las instalaciones de Pharma Labs — repite, como si estuviera hablando con un niño pequeño — . No tiene de qué preocuparse, seguramente haya necesitado algún tratamiento especial y lo hayan derivado a aquí. Puedo asegurarle que está en las mejores manos que pue...

— ¿Por qué estoy atado?

Una vez más, retira su sonrisa. Me termina de colocar con impaciencia un esparadrapo para asegurarse de que la vía no vuelva a escaparse de mi brazo y comienza a alejarse sin responder.

— ¡Eh, respóndeme!

— Ahora mismo llamaré al doctor Hall, no se preocupe... — anuncia, marchándose del cuartucho blanquecino en el que me vuelven a tener preso.

Poco a poco me voy despejando por completo.

Fuera lo que fuere que contenían los goteros, se ha terminado. Las horas van pasando y poco a poco me siento más sagaz y despierto.

Estoy recordando al gilipollas y al bigotudo y esa promesa que me hicieron de que podría ver a Bailey cuando escucho unos pasos aproximándose a la habitación.

Rezo porque sea Lewis Hall y porque el diablo de él cometa la estupidez de soltarme estas jodidas correas. Sé que, si me libera, podría enfrentarme a él — y a otros veinte como iguales — y hacerle picadillo. Puedo sentir mi fuerza física recuperada, mi mente cada vez más audaz y serena.

Lo único que me falta es Bailey. La siento en mi interior y la necesito. Necesito volver a tenerla a mi lado.

En ese momento, me doy cuenta de que no sé muy bien cuánto tiempo llevo sin fumarme un solo pitillo y de que tampoco lo ansío. Ella se ha convertido en mi nueva droga, eso que me hace convertirme en una persona débil.

Cuando entra en la habitación, le reconozco y no puedo mal disimular una sonrisa. Incluso encontrándome tan mal, me esforcé por recordar cada uno de sus rasgos y, para mi sorpresa, no los he olvidado. Sus ojos grises, carentes de algún alma, me observan con curiosidad a través de las lentes de contacto. Él también sonrío, aparentemente satisfecho con mi reacción.

— Harry Hunter — anuncia, contemplándome — . Es todo un placer conocerle... Supongo que, en estos instantes, se estará preguntando quién soy y dónde estamos...

Pasea alrededor de la camilla, divertido con el desconcierto que prevé que debería tener.

— Es Lewis Hall — replico, sin apartar la mirada del techo blanquecino y sin borrar la sonrisa de mi rostro — , el hijo de puta que ha secuestrado a Bailey Kim.

Se detiene en seco, sorprendido por mi aclaración.

— ¡Vaya...! — acierta a responder.

Seguramente, no contaría con que recordase nada del episodio de la celda.

— Vaya... — vuelve a repetir — , parece que he encontrado otro individuo digno de ser estudiado.

— ¿Eso es lo que le divierte, Lewis?

Esta conversación no tiene el más mínimo sentido y en el fondo me importa un carajo qué le divierte y qué no. Lo único que quiero es alargar el encuentro y conseguir obtener alguna información sobre el paradero de Bailey.

— Puede — responde, sonriente — , la mente humana puede resultar muy

tentadora.

Se acerca hasta la camilla y me observa detenidamente. Después, desliza un dedo con parsimonia a través de las correas que me mantienen sujeto e inmóvil. Vuelve a sonreír con malicia.

— ¿Por qué estoy aquí?

— Le necesito tanto como usted me necesita a mí — responde con sinceridad — . Bailey ha regresado a mis instalaciones voluntariamente a cambio de su libertad — continúa — , aunque supongo que ese dato no le pillaré por sorpresa.

Mientras el viejo habla, mi mente regresa por unos instantes al momento del tres en el que vi a Bailey entregándose a esos dos hombres, con lágrimas en el semblante. Entonces... ¿Se había entregado con el único objetivo de protegerme? No tiene sentido. Yo no necesitaba protección. Además, estoy aquí, ¿no? Me han capturado de todas maneras.

— Tampoco le cogeré por sorpresa su inestabilidad; la segunda razón por la que se ha entregado. Cada día su potencial se agudiza más, por esa misma razón es importante mantenerla alejada de la sociedad. Controlada. Cuanto más se desarrollen sus capacidades psíquicas, más peligrosa resultará para las personas que se encuentren a su alrededor. Y parece que después del accidente, por fin lo ha comprendido.

— Ella no es peligrosa — escupo, rabioso, mientras tiro de las correas que me sujetan.

Necesito salir de esta maldita camilla.

— Sí que lo es, sí. Ha tardado bastante en hacerlo, pero al final se ha dado cuenta y eso es lo importante... ¡Es terrible! — exclama, alzando las manos de manera teatrera — ¡Ha sido necesaria una muerte para que comprenda de lo que es capaz!

— Ella no...

— ¿Cuándo se dio cuenta de su capacidad de psicoquinesia? ¿En la estación de tren?

Guardo silencio, mordiéndome el labio con rabia mientras alzo la vista hacia la cámara y recuerdo aquello que me habían dicho de la confesión. No tengo muy claro qué es lo que pretende Hall, pero no me pillaré por sorpresa.

— No sé de qué me está hablando.

Él suspira, irritado.

— Me saca de quicio la falta de colaboración — replica, observando la pantalla en la que se dibujan mis constantes cardiacas — . ¿No se da cuenta de que necesita ayuda?

— Quiero verla.

Él sonrío.

— Bien, si dejas que la vea... ¿Me contará cómo ocurrió el accidente de la estación?

Guardo silencio, aún con la vista fija en la cámara mientras me repito que todo esto tiene que ser una trampa.

— Solo necesitaré saber eso, después podrá marcharse.

Como no contesto aún, Hall, impaciente, continúa.

— ¡Oh, vamos, Harry! — exclama, inclinándose sobre mí — . ¿Qué interés se le ha perdido a un lobo solitario como usted en todo este asunto? Le daré el millón de dólares que le habían prometido y lo pondré de patitas en la calle sin un solo rasguño. Lo único que tiene que contarme es cómo llegó a suceder...

Es normal que piense que todo esto lo estoy haciendo por dinero, ¿no? Al fin y al cabo, fue la manera en la que comenzó.

Decido jugar esa baza y me apresuro a responder.

— ¿Me pagará el millón de dólares?

Veo un rayo de esperanza iluminarse en el rostro de Lewis Hall.
Asiente.

— ¿Y me dejará comprobar que la chica se encuentra a salvo?

Hall vuelve a asentir.

Guardo silencio unos instantes, armando el plan en mi cabeza.

— ¿Qué me dice, Harry? ¿Tenemos un trato, entonces?

— Sí, doctor. Tenemos un trato.

Él se frota las manos con malicia, con los ojos destellantes de emoción. No puedo pasar desapercibido el destello de felicidad con el que se le ha iluminado su rostro. Y cuando comprendo lo que realmente busca ese hombre, un escalofrío se dispersa por mi columna vertebral.

Capítulo 16

Ya llevo otros tres días en la habitación.

Aunque sigo sin ver la luz del sol y sin poder orientarme con totalidad, las comidas que recibo y los cambios de turno de los enfermeros me guían bastante.

Tres días. Ese es el tiempo que llevo aquí aislado.

Me pregunto cuánto tiempo habrá pasado desde que nos capturaron...

Me he interesado varias veces por Bailey y me he sorprendido ante la respuesta de la enfermera que me atendió por última vez: en las instalaciones no había ninguna paciente que fuera mujer, aunque tenían previsto trasladar a una en los próximos días (al parecer, pocas son las personas que saben realmente las atrocidades a las que se dedica Pharma Labs). Eso es bueno, la están trayendo a mí.

Supongo que todo esto se debe al trato que he hecho con el doctor Hall. Y lo mejor de todo, es que por fin he comprendido por qué tiene tanto interés en descubrir qué ocurrió en la estación. Es evidente que desconoce hasta dónde puede llegar Bailey, de qué es capaz... Y también me queda bastante claro que las torturas a las que la están sometiendo no llegan a ningún puerto. Creo que buscan que el accidente de la estación de tren se vuelva a repetir, y que no consiguen provocar esa reacción en ella.

Respiro con dificultad porque estoy rabioso.

Seguramente, estarán haciéndole cualquier cosa para conseguir de ella lo que tanto anhelan, y eso me está matando. No saber cómo está o si está sufriendo...

Respiro hondo intentando calmarme mientras contemplo mi pulso revolucionado en el marcador de la pantalla. Un leve pitido resuena de fondo y adivino que en pocos segundos una enfermera aparecerá en la habitación.

Cada vez que algo cambia — mi pulso se acelera, mi frecuencia cardiaca disminuye, los goteros se terminan, etc... —, alguien aparece para comprobar que estoy como me habían dejado.

Supongo que tienen miedo de que me pueda escapar. Me necesitan.

La enfermera entra y me mira con una sonrisa de oreja a oreja. Al llevar varios días aquí, reconozco prácticamente todos los rostros que vienen a hacerme una visita.

— ¿Cómo está hoy, Harry? — me pregunta.

Todos parecen muy agradables aunque, por mucho que sospeche que están sumidos en la ignorancia, no puedo terminar de fiarme de ellos. Esa es la razón principal por la que evito hablar más de lo estrictamente necesario. La segunda es la cámara de vigilancia que hay en el techo.
¿Habrá también micrófonos en la habitación?

— Estoy bien... — murmuro, distraído.

Revisa que mis constantes estén bien, después se dirige a los goteros y me quita la vía.

Yo la observo un tanto desconcertado, sin entender muy bien qué es lo que está ocurriendo.

— ¿Qué...?

— Tengo orden de soltar las correas — anuncia con una sonrisa, como si me estuviera haciendo un regalo adelantado de cumpleaños —, pero tiene que portarse bien, ¿eh? Si no, volveré a atarle.

— Me portaré bien — aseguro, preguntándome cuál es el motivo de este gesto repentino de confianza.

— Bueno, Harry, ha sido un placer atenderle — me dice, a modo de despedida.

— ¿Se marcha?

Ella se aleja en dirección a la puerta, pero me responde antes de salir.

— No, yo no. Tengo entendido que el que se marcha es usted.

Pensativo, me siento en la camilla estirando mis atrofiadas articulaciones. Estos días me han dejado levantarme para ir al servicio y para estirarme, pero siempre bajo la vigilancia de una enfermera y varios hombres del personal de seguridad. Es extraño tener la libertad de moverte sin que nadie vigile qué haces o dejás de hacer.

Estiro un brazo, después el otro. Me levanto de la camilla y paseo de un lado a otro preguntándome si debería intentar marcharme de aquí. Quizás sea eso lo que Hall pretende... Prepararme una emboscada.

Aunque, si fuera así, no tendría sentido que hubiera esperado tanto tiempo.

“O puede que esta sea tu única oportunidad de salir vivo de aquí...”, me dice una voz en mi cabeza. Me río a modo de respuesta. Me da igual. Absolutamente igual. No tiene sentido salir vivo de aquí si no me llevo a Bailey conmigo.

Paso la siguiente hora de un lado a otro, arrastrando los pies y rozando la locura, cuando Lewis Hall aparece en mi habitación rodeado de hombres. Calculo, a primera vista, que va con cuatro guardaespaldas. Seguramente haya otro más vigilando en el pasillo.

— Buenas tardes, Harry — saluda con cortesía — . ¿Se encuentra bien hoy?

No respondo, así que continúa hablando.

— ¿Le ha tratado bien mi personal? ¿Ha estado cómodo? — pregunta, recolocándose de mientras las lentes de contacto — . Espero que sí. Al

menos, eso dice su aspecto.

— ¿Podré marcharme hoy? — pregunto, recordando las palabras de la enfermera.

— Sí, claro — confirma, sonriente. Sus ojos grises inhumanos son capaces de causarme un escalofrío — . Pero antes tendrá que cumplir nuestro acuerdo. ¿Se había olvidado de él?

— No, claro que no — me apresuro a responder.

Lo único que deseo es ver a Bailey.

No quiero delatar mi impaciencia por ella, así que suspiro relajándome y le pregunto por mi millón de dólares.

— Lo tengo — me dice — , y a la chica también.

Siento cómo mi corazón se acelera, desbocado.

— ¿Podré verla?

Hall le lanza una mirada a uno de sus guardaespaldas; el hombre asiente.

— Sí, ahora mismo iremos a verla, pero después... Bueno, después espero que me relate todo lo que sucedió en la estación de tren, sin dejarse ni uno solo de los detalles. ¿Recuerda todo?

Asiento en silencio.

— Por lo que he podido comprobar en las cámaras de seguridad, Harry, es usted el que detiene el ataque. ¿Me explicará cómo lo hizo?

Yo vuelvo a asentir.

Es evidente que han mejorado las imágenes con tecnología, porque en el vídeo que los noticieros emitieron no se podía diferenciar nada más que un borrón en mitad de la multitud.

— Está bien — concluye, aparentemente feliz — . Pues vámonos.

Lewis Hall se gira hacia la puerta y abandona la habitación rodeado de dos de

sus hombres. Los otros dos están esperando a que yo pase, y sospecho que convertirán en mi escolta personal nada más cruzar el umbral de la puerta.

Voy vestido con una de esas horribles batas de hospital y no puedo evitar sentirme un tanto ridículo y expuesto mientras caminamos a través del pasillo. Como había predicho, Hall va acompañado de cinco hombres — los cuatro que había en la habitación más otro que camina encabezando el escuadrón — .

Me acompañan hasta un segundo cuarto que se asemeja a las cabinas de hospital en las que uno tiene que desnudarse y ponerse la bata antes de pasar a hacerse las pruebas. Pero esta vez es exactamente lo contrario; un pantalón, una camiseta y un par de zapatos esperan en el banquillo.

— Cámbiese de ropa, le esperaremos fuera.

Cierran la puerta y me dejan a solas en la cabina.

Me quito la bata y me pongo el pantalón y la camiseta que me han dejado sobre el banquillo. Es un chándal gris, conjuntado, con un símbolo naranja en el pecho de la camiseta. Tiene pinta de ser un uniforme y, lo peor de todo, es que parece uno carcelario. Un escalofrío me recorre la espalda mientras me calzo las zapatillas blancas. Esto tiene pinta de que va acabar mal. Muy mal.

Me tomo dos minutos a solas para relajarme y pensar.

Llegado el momento, ¿sería capaz de enfrentarme a los cinco escoltas y salir victorioso? Podría ser... Pero no sería fácil.

“Eso si solo son cinco”, me recuerdo a mí mismo.

Sé que el hospital tiene personal de seguridad, así que en muy poco tiempo tendría encima a varios hombres más.

— ¿Harry? — pregunta Lewis, golpeando tres veces seguidas la puerta.

La abro, sin responder, para indicarle que ya estoy listo.

Me escruta con detenimiento, asiente, y continúa caminando por el pasillo.

— Vamos — me dice, sin mirar atrás.

Cinco metros después, todos nos detenemos frente a una puerta metálica.

Parece uno de esos bunkers de seguridad, con su propio panel para introducir una clave numérica si deseas acceder a él.

Alza el dedo para marcar la serie, pero se detiene en el acto y me observa.

— Ahí dentro no quiero numeritos ni escenas — me advierte, alzando el dedo índice frente a mi rostro — . Ni una sola complicación o nuestro trato se irá a la mierda.

— Está bien.

— Verás a la chica, un minuto, a través de una cristalera — continúa él — , después nos marcharemos.

— ¿Sin contacto?

Lewis sonrío con malicia.

— Sin contacto.

“Algo es algo”, pienso, incapaz de urdir un plan lógico que me ayude a liberar a Bailey.

— ¿Tenemos un acuerdo?

Asiento y él se gira hacia el panel para introducir la clave.

Ella está cerca, puedo sentirla.

Es totalmente absurdo, pero sé que de alguna manera mi cuerpo reacciona físicamente ante su proximidad. Como si fuera una parte de mí, como si ella me perteneciera.

Una punzada de angustia recorre mi columna vertebral y me oprime los pulmones cuando estoy cruzando el umbral. Una parte de mí siente auténtico pánico y no quiere verla... ¿Y si está mal? ¿Y si está herida? Me siento incapaz de prever cómo reaccionaría en una situación así. Quizás no logre controlar mis impulsos contra el doctor Hall.

Pasamos a un pequeño pasillo.

Solo estamos uno de los guardaespaldas, Lewis Hall y yo. El espacio es muy reducido y si hubieran accedido a él el resto, tendríamos que aplastarnos los

unos contra los otros. Tres personas ya resultan excesivas para el lugar.

Al fondo, iluminado en verde, se ve el acceso a otra habitación. Frente a nosotros unas cortinas plateadas. No hay nada más.

Lewis enciende una pequeña lámpara del techo pulsando un interruptor y, después, pulsa otro que está junto al primero y las cortinas plateadas comienzan a moverse, retirándose de la cristalera.

Cuando la veo, mi corazón se detiene en el acto.

Está sentada en una pequeña cama, agazapada en un rincón. La habitación en la que la tienen presa es blanca, parecida a la que tenía yo pero más pequeña aún. Al fondo, hay una pequeña mesilla con un jarrón al que no logro encontrarle ningún sentido. Supongo que tendrá algo que ver con las pruebas que le hacen.

Bailey está preciosa — y entera —, aunque parece realmente asustada y agotada. Tiene el pelo recogido en una cola de caballo y viste unos pantalones y una camiseta de color blanco que parecen de la misma tela de la que se hacen los uniformes de los médicos y enfermeros.

La rabia comienza a deslizarse por mi interior, por mis venas, conquistando cada uno de mis órganos, apoderándose de todo mi ser. Sé que no voy a marcharme de este lugar sin llevármela conmigo o sin morir en el intento.

— ¿Por qué la tienen encerrada? — pregunto con la voz rota.

Bailey alza la mirada hacia mí, con los ojos muy abiertos, tensándose.

— ¿Puede escucharme? — repito, eufórico.

Lewis Hall se queda petrificado junto al cristal, con la vista clavada en ella.

— No, no puede escucharnos...

— ¿Entonces...?

Bailey se levanta.

Ve el temor y la esperanza fundidos en sus ojos, como un destello que los hace brillar. Camina un paso hacia el cristal y se detiene. Siento un escalofrío

recorriéndome, obligándome a caminar hacia ella. Pego ambas manos en el cristal y respiro hondo, relajándome. Necesito tocarla, necesito liberarla, necesito protegerla.

Ella también camina hacia el cristal, como si de algún modo pudiera percibir que soy yo la persona que se encuentra al otro lado del mismo.

— ¡No puede ser! — exclama Lewis, dejando en el instante que una sonrisa se ilumine en su rostro.

Bailey alza una mano y la coloca justo encima de la mía. Después la otra. Una lágrima comienza a deslizarse a través de su mejilla; es la primera que predice al llanto. Dos segundos después, jadea, incapaz de controlarse. No me he dado cuenta, pero yo también lloro en silencio. Estoy roto; tan roto como lo está ella.

— No llores, Bailey...

Quiero gritar que la amo, que no la dejaré y que en mí puede confiar...

Hall saca su teléfono móvil y marca un número con rapidez.

Yo soy incapaz de moverme o de reaccionar. Ni siquiera puedo pensar en cómo sacarla de allí.

— ¿Están todas las cámaras de la habitación Y21 activadas? — pregunta Hall, exaltado — . ¡Quiero todos los sistemas activados!

Cuelga el aparato y después me lanza una mirada mordaz y ansiosa.

— Señor Hunter, va a resultar mucho más valioso de lo que había podido llegar a imaginar... ¡Jusper! — grita, señalando a su guardaespaldas — , ¡llévenselo a la habitación de vuelta!

El escolta se gira hacia mí y me sujeta los brazos, obligándome a apartarme del cristal. Puedo resistirme, pero tampoco le encuentro sentido; ahora ya sé dónde está Bailey y lo único que necesito es tiempo para encontrar una manera de liberarla.

Sus ojos azules parecen traspasar el cristal para observarme mientras el tal Jusper me arrastra al pasillo exterior.

— ¡Espera, espera! — grita Lewis.

Dirijo la mirada a la habitación.

Bailey está temblando, asustada, aterrada. Pero no sólo tiembla ella; ¡tiembla todo!

En solo unos instantes, el jarrón estalla en mil añicos y la cama de la esquina se eleva varios centímetros del suelo junto a la mesita.

Tanto Lewis Hall como el guardaespaldas observan la escena atónitos, incapaces de reaccionar, y yo aprovecho esos segundos de confusión para lanzarme a la manilla de la puerta del fondo.

Se trata de uno de esos sistemas que tan sólo permiten la apertura desde un lado de la puerta; el exterior. La abro, y Bailey me lanza una mirada estremecedora antes de correr y lanzarse a mis brazos.

Le beso delicadamente la frente, evitando alargar el encuentro. No tenemos mucho tiempo, ni opciones. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Pero cuando me doy la vuelta con sus dedos entrelazados a los míos, comprendo que ese instante ya ha expirado.

La puerta está taponada por otro hombre y Lewis y el guardaespaldas se han girado hacia mí. El doctor no parece en absoluto preocupado, más bien, parece fascinado.

— ¡Vaya...! — exclama, asombrado.

Es evidente que ha conseguido de ella aquello que tanto anhelaba y que tanto tiempo llevaba buscando.

Mi cuerpo se estremece al sentir la reacción de Bailey. La protejo colocándola tras de mí y decido que, a pesar de mis escasas opciones, tengo que hacerles frente.

— Déjenos marchar — ordeno.

Hall suelta una risita maliciosa, después le lanza una mirada al tal Jusper, que se abalanza de la misma a por mí.

Empujo a Bailey hacia detrás, apartándola del encuentro.

Jusper tiene una pistola, pero se acerca con intenciones de reducirme y

hacerse con el control, así que no va a usarla contra nosotros. Le lanzo un gancho que esquiva, después me devuelve el golpe. Me tambaleo al sentir la sangre recorriendo mis labios y el chasquido de los huesos de la nariz que se han roto con el impacto, pero no me derrumbo. No puedo hacerlo, tengo que luchar por ella.

Sé que esta es mi oportunidad. Él ya no espera más de mí.

Jusper vuelve a intentar golpearme, pero le lanzo una patada y consigo derribarlo y que caiga al suelo, junto a mí. En ese mismo instante, otro de los hombres de Hall entra en la habitación, así que debo decidir si terminar de noquear al tal Jusper o prepararme para más acción. La cosa no va a ser sencilla... Pero tengo que intentarlo.

— ¡QUIETOS! — grita Hall, alzando una mano en alto para detener el combate.

Miro al doctor y me asombro al comprobar que su mirada revela auténtico pavor.

Abre la boca, dispuesto a hablar, pero su mandíbula tiembla.

— No..., no, no... — tartamudea.

Sigo la dirección de su mirada y me giro hacia Bailey.

— ¿Qué...? — pregunto, incrédulo, mirándola fijamente con los ojos inyectados en temor.

Ha cogido la pistola de Jusper y la tiene en la mano, apuntándose directamente a la sien derecha.

— Déjanos marchar, Lewis... — susurra en voz baja, como si fuera una hija que está desobedeciendo las ordenes de un padre.

— Si lo haces sabes lo que sucederá — le advierte Hall, ahora con la voz más calmada — , harás daño a más gente, Bailey.

Ella sacude la cabeza en señal de negación.

— No puedes estar ahí fuera, con los demás, porque tú no eres como los demás... — continúa él, intentando convencerla — . Eres un peligro para la

humanidad...

Veo los ojos de Bailey encharcarse en el momento.

Camino un paso atrás, colocándome junto a ella para evitar que se derrumbe. Es ahora o nunca; esta sí es nuestra última carta, y tenemos que jugarla muy bien para que funcione.

— Vámonos — susurro en su oreja.

Ella asiente.

Camino un paso al frente sujetando del brazo que tiene libre. Ella camina detrás de mí sin soltar el arma que tiene clavada en la sien. Uno de los guardaespaldas nos corta el paso.

— Si no dejas que nos marchemos, lo haré. Dispararé.

Hall niega con la cabeza.

— No lo harás — dice, seguro de sí mismo.

— Prefiero morir a seguir en este sitio un solo segundo más.

Habla en serio, y Hall puede percibirlo.

Le indica con un gesto de la mano al guardaespaldas que se retire, que nos permita pasar.

Salimos al pasillo y siento cómo mi corazón se detiene, procesando todo lo que ha ocurrido en el último minuto de tiempo. La miro y mi mundo vuelve a cobrar sentido. Quiero decirle que todo esto no volverá a pasar, quiero pedirla perdón... Pero ahora no es el momento.

Cojo la pistola que aún porta en sus manos y echo a correr, arrastrándola junto a mí en dirección al ascensor. Me planteo unos instantes si deberíamos utilizar las escaleras o no, pero decido que cualquiera de las dos opciones puede tener los mismos resultados. Si salimos de aquí con vida o no, ya no depende de nosotros.

— Nos van a dejar marcharnos — me dice cuando el ascensor cierra las puertas permitiéndonos tener unos instantes de intimidad — , lo presiento.

La creo, confío en ella, pero no podemos arriesgarnos más de lo necesario. Veo cómo la lucecita que señala las plantas empieza a caer y compruebo que estábamos en un decimoquinto piso.

— Harry... — susurra Bailey, acercándose a mí — , gracias por volver a por mí. Yo...

La silencio colocando un fugaz beso en sus labios.

— Sé por qué lo hiciste — aseguro cuando me aparto de ella.

Un cosquilleo que no consigo identificar recorre mis entrañas.

— Yo, yo no... — tartamudea, insegura.

La miro fijamente a los ojos, intentando transmitirle toda la paz que siento yo en estos instantes.

— Da igual, no importa. Ahora ya no podemos separarnos, Bailey, jamás.

Ella mueve la cabeza en señal de afirmación.

— Ahora me quieren a mí tanto como a ti y si uno no está a salvo, el otro tampoco lo estará — continúo con rapidez, sabiendo que el tiempo se nos agota. Ya estamos por el tercer piso — . Somos tú y yo, Bailey. Somos uno.

Vuelve a asentir con rapidez, con una lágrima rebelde recorriendo su mejilla.

— Y yo seré siempre la persona que cuide de ti.

No tiene tiempo a responderme porque las puertas del ascensor se abren de par en par dejándonos en el garaje. Echo a correr sin soltar su brazo y asegurando el lugar; hay cámaras de seguridad por todas partes. La única parte positiva es que solo hay dos puntos de entrada y salida y están controlados; la puerta que accede a las escaleras — que es la misma salida de emergencia en el caso de incendios — y el ascensor.

— Nos está observando — me dice Bailey, señalando una de las cámaras que hay en el techo.

Creo que se refiere al doctor Hall, pero no estoy seguro.

Ahora tengo que centrarme en sacarla de aquí.

Continuamos corriendo por el garaje dejando los coches atrás.

He pensado en robar uno, pero no dispongo de material para forzar la cerradura y la mayoría son lo suficientemente modernos como para tener altos sistemas de seguridad. Es imposible que lo logre, así que nos dirigimos a la puerta de salida de vehículos.

Escucho el sonido de las puertas del ascensor, abriéndose. Sin dejar de correr, miro hacia detrás y compruebo que siete u ocho hombres echan a correr en la misma dirección que nosotros. Escucho un disparo y me doy cuenta de que nos están atacando.

— ¡CORRE! — le grito, deteniéndome y apuntándoles con el arma — , ¡CORRE!

Presiono el gatillo y la bala sale disparada contra uno de ellos. Veo cómo impacta en su frente, atravesando su cráneo.

Parece que eso es suficiente para distraer por unos segundos la atención del resto de nuestros persecutores.

Me giro y sigo corriendo, atrapando a Bailey por el camino — se había quedado petrificada observando la escena — .

Como si la suerte, un Dios, o algún ser sobrenatural decidiera colaborar con nosotros, la puerta del garaje comienza a abrirse lentamente. Me pienso dos veces si debemos salir de ahí o atrincherarnos dentro porque cabe la posibilidad de que un escuadrón de Hall nos esté esperando ahí afuera, dispuestos a darnos caza. Pero no tengo tiempo a darle otra vuelta más al asunto y, cuando escucho otro disparo, tiro de Bailey y abandonamos el garaje.

El sonido de tráfico y de la vida en general me recuerda lo que es el mundo. Mi pulso está tan acelerado como el de ella; puedo sentirlo. La rodeo por la cintura y la apremio a caminar a paso ligero para mezclarnos con la muchedumbre que se va deslizando por la acera que tenemos en frente. El coche que había abierto el portón del garaje no nos presta atención antes de meterse dentro.

Dos manzanas después, cuando nos aseguramos de haberlos perdido, logramos caminar con más tranquilidad y recobrar la respiración.

Alzo la mano para llamar a un taxi y veo cómo el vehículo amarillo se detiene frente a nosotros.

— ¿A dónde van? — pregunta el conductor, mirándonos de arriba abajo.

Es evidente que nuestro aspecto llama la atención incluso en una ciudad como esta, donde cada individuo puede vestir de una persona peculiar y única.

— Conduzca en dirección al norte y le iré indicando — murmuro.

El hombre asiente, un tanto extrañado.

Noto cómo Bailey se acurruca junto a mí, relajándose. No puedo creerme que hayas salido de allí, que esté aquí, conmigo.

— Te protegeré... — juro, incapaz de contener las lágrimas — , te protegeré siempre...

Es una promesa real.

Sé que, cueste lo que me cueste, jamás volverán a cogerla.

— Mi protector... — murmura en mi oreja, regalándome un pequeño beso en el cuello.

Yo la rodeo con el brazo y la estrecho más junto a mí.

Me cree. Cree que estamos a salvo y, con eso, es más que suficiente.

Capítulo 18

(Seis meses después)

Sujeto la barquilla intentando que se mantenga recta y que no se desequilibre mientras ella se sube al interior.

— ¿Puedes?

Asiente con una sonrisa y me pierdo en su mirada.

Sé que está feliz, que trayéndola a este lugar he hecho realidad todos sus sueños.

Cuando veo que está sentada, salto con destreza al interior y me coloco frente a ella, en otro banquito. Desato los remos y empiezo a moverlos para avanzar por el lago Moraine. Ella, fascinada, intenta captar con la retina de sus ojos todo lo que nos rodea mientras avanzamos a través de las montañas, con las piernas entrelazadas. Quiere almacenar todas las instantáneas que pueda sobre este lugar.

— Es realmente hermoso, ¿no crees? — me pregunta, absorta.

Yo niego rotundamente.

— Tú eres hermosa — replico, sonriente — , el lago solo es bonito.

Ella se sonroja, pero no responde.

Estos últimos seis meses han sido todavía más duros. Supongo que huir tú solo es mucho más sencillo que huir acompañado, pero lo importante es que lo estamos logrando, que seguimos escapando de Pharma Labs y todo lo que rodea al doctor Hall con éxito, juntos.

A veces pienso que se aburrirán y nos dejarán tranquilos, pero Bailey está segura de que no será así. Ella es su experimento, ése que quiere recuperar a cualquier precio.

Sea como sea, nosotros vamos a continuar nuestro camino sin mirar atrás, huyendo cada día si es necesario.

— ¿Me quieres? — pregunta con seriedad, fijando su mirada en mí.

No hace falta que responda, lo sabe perfectamente.

Esa conexión que he percibido desde un primer instante con ella se ha amplificado a mil y cada pensamiento que surca mi mente, parece recibirlo. Tampoco le hemos encontrado una explicación lógica, pero evitamos darle demasiadas vueltas a esos asuntos. Simplemente, fuimos creados para pertenecernos el uno al otro y ahora que nos hemos encontrado, jamás volveremos a estar solos.

Desde el accidente en la habitación de Pharma Labs, Bailey no ha vuelto a hacer estallar ni temblar nada más. Voy descubriendo poco a poco todo lo que la rodea y cada día me sorprende de sus habilidades psíquicas. No mueve muebles, también ha dejado de predecir el futuro, pero tiene una capacidad sobrenatural para el cálculo y para conectar conmigo. Puede que ese sea su verdadero poder, la verdadera razón por la que su cerebro se ha desarrollado de esa manera tan peculiar.

Sea como sea, una cosa tengo clara; es única y es perfecta. No es un monstruo.

Ella es todo lo que tengo y, mientras sigamos con vida, jamás nos separaremos.

FIN

Nota del autor

Por último...

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como lo hice yo escribiéndola.

Antes de despedirme de ti, lector, agradecería poder leer tu opinión en Amazon, ¿te tomas un momento en escribirla? Ese minuto de tu tiempo es realmente importante para mí.

Si deseas contactar conmigo, también puedes hacerlo a través de las redes sociales o del correo electrónico christianmartinsofial@gmail.com

¡Gracias!

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.





UNA COSA DE LOCOS

La suerte sonríe a Emma Owens cuando un abogado ingl es le comunica que su rico y poderoso t o Larry ha fallecido y que ella será la heredera de toda la fortuna y propiedades que el hombre poseía.

Decidida a disfrutar de su nueva vida cuanto antes, abandona la gran ciudad para volver a Inglaterra y poder realizar los papeleos de la herencia cuanto antes. Pero por desgracia para Emma, las cosas no son tan sencillas como parecían...

En su pueblo natal, tendr  que solucionar la lista de "requisitos" que ha confeccionado su tío para que ella pueda cobrar la herencia y, además, tendr  que reencontrarse con Michael Gardner, un exnovio al que abandonó tiempo atrás que se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la zona.

Menos mal que su compañera de piso, Abigail, est  junto a ella para apoyarla y ayudarla en todo.



NUESTROS DÍAS

A pesar de todo lo que tiene, Will Brown no está pasando por el mejor de sus momentos. Mientras unos malos pronósticos se ciernen sobre su futuro, los recuerdos del amor de su juventud comienzan a atormentarle y no logra sacarse de la cabeza a aquella chica que verano a verano le fue robando el corazón.

Si se marcha y regresa para buscarla quince años después de que se dijeran adiós por última vez, perderá todo lo que ha construido en su perfecta vida... Pero, ¿y si se queda? ¿Será capaz de enfrentarse a aquel pasaje de su juventud sin cerrar que abandonó en el lago de Withley?



LA CHICA QUE SE LLAMABA COMO UN COMETA

¿Qué tiene la heladora voz del señor X?

A veces ser feliz es más difícil de lo que parece, y Holly lo sabe muy bien. Nadie puede negar que la muchacha se esfuerza mucho, pero ahora mismo su vida es un auténtico desastre: todos la odian en su trabajo, su novio la ha dejado por una versión más joven y estilizada de ella, ha engordado unos kilos y, encima, ha pasado tantos años esforzándose por ser la novia perfecta y por agradar a los demás, que ni siquiera se gusta a sí misma.

Lo que Holly no sabe es que el misterioso hombre que conoció entre las sombras parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por descubrir qué esconde la chica que (no) se llama como el cometa, esa que brilla incluso en la oscuridad.



Bilología “Yo no soy tu vampiresa”

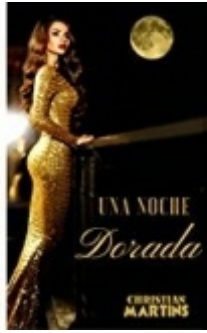
Amanda ha perdido a su marido, está centrada en su hijo y lo único que espera de la vida es que su pequeño sea feliz.

Derek es algo brusco y torpe, pero un romántico de corazón. Después de que su mujer le abandone por otro, decidirá que todas son unas arpías despiadadas. ¿Por qué ya no quedan mujeres reales en el mundo?, pensará.

¿Y Pipper? ¿O mejor dicho, Fantasma? Un cachorrito de cocker que parece dispuesto a completar esta historia y unir todos los cabos sueltos.

¿Quién no cree en el destino? ¿En el amor? ¿En las segundas oportunidades?

¿Puede una vampiresa y un pequeño diablillo conquistarte el corazón?



SAGA “UNA NOCHE” (UNA NOCHE DORADA, UNA NOCHE CONTIGO, UNA NOCHE NUESTRA, UNA NOCHE PERFECTA)

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse. Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella.

Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozarse la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?



TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

**CHRISTIAN
MARTINS**

Nosotras



NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»



BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»



SERÉ SOLO PARA TI (BILOGÍA) (FEBRERO 2017)

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»